

# Palabro de humor

Anécdotas en mi consulta de enfermería

***Primera edición:***

Gerena (Sevilla), marzo de 2024.

***Autor, editor y copyright®:***

Manuel Carlos Cid González.

***Diseño de portada, maquetación e ilustraciones:***

Manuel Carlos Cid González.

***Correctores:***

Tomás Falantes Ortiz.

Conchi Martín Rodríguez.

Ángel Luis Oliva García.

María del Castillo Cid Alcón.

Blanca Cid Alcón.

*Este ejemplar no es gratuito. Le ha costado los dineros al autor, que lo ha mandado editar para regalárselo a sus amigos con motivo de su jubilación.*

*Queda prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier método, sin el permiso expreso del autor, que hay muchos frescales por ahí suelto, viviendo del corta y pega por la cara.*

## **Índice:**

Introito .....	Pág. 5
Palabros .....	Pág. 8
Frases .....	Pág. 9
Anécdotas .....	Pág. 13
Conclusión .....	Pág. 95
Obras publicadas del autor .....	Pág. 99

*A mi esposa y a mis hijas,  
porque me da la gana y  
porque son el sentido de mi  
vida.*



## Introito:

Tengo mis orígenes en Los Palacios y Villafranca, frontera entre la campiña y la marisma, dentro de una familia agro-ganadera, sin antecedentes sanitarios, pero con un referente literario digno de mención: Joaquín Romero Murube, primo de mi abuelo Manolo. Genéticamente casi no me llega, pero me marcó mucho como escribía y lo que escribía de su pueblo: La tía Modesta, las niñas de la calle Real, Arcuña el corredor... A algunos los conocí. Yo estuve en las casas y lugares que se mencionan en sus textos. Con su prosa poética describía su pueblo, su familia. Mi pueblo, mi familia. Nuestra gente. En casa se hablaba del primo Joaquín, y cuando se iba a Sevilla con mi abuela, se paraba en su casa. Mi mente infantil se preguntaba por qué había siempre tanta gente en casa del primo. Además, la casa tenía un nombre rimbombante: Real Alcázar de Sevilla.

Yo, literariamente, en nada me parezco al primo Joaquín. Me parezco más al también paisano Pedro Pérez Fernández, tío abuelo de mis vecinos y amigos Pérez Amuedo, al que nunca vi en persona, entre otras cosas porque vivía en Madrid y porque su última astracanada fue morir antes de que nacióramos.

Como todos los niños de entonces, desde que tengo recuerdos, ayudaba en casa con las labores del campo y el ganado. No me pesaba, era como jugar a ser mayor. Cuando me compraron una bicicleta, no fue para jugar con ella, no, fue para ir por la leche al campo. Cinco kilómetros con las cántaras vacías y otros cinco con las cántaras llenas. Luego al colegio. Por la tarde a clases de mecanografía y luego, a jugar en la calle hasta la hora de cenar. Nadie sabía que, para que no se me olvidasen mis fantasías, las escribía, algunas en versos. El primer poema que recuerdo es un soneto de arte menor sobre el mar. La maestra pidió una redacción sobre el mar y yo le entregué el soneto. Me puso un cero. Decía que lo había copiado de algún sitio, y no pude convencerla. No se me ha olvidado el soneto ni el nombre de la profesora. Se llamaba Helia.

Con 14 años, previo examen, entro a trabajar en la oficina de la cooperativa agrícola *Las Nieves*, de mi pueblo, hasta que terminé la carrera.

No sólo trabajaba y estudiaba. Hacía teatro, tocaba la guitarra, formamos, entre un grupo de amigos, el grupo de música folk “*Nuevos*

*Andaluces*”, que era lo que se llevaba entonces (no busquen los discos, que no llegamos a ningún sitio), componía mis canciones, algunos versos... y formamos una agrupación que dinamizó la cultura en el pueblo desde la transición a finales de los 80. Sin subvenciones, totalmente independientes. Aún se recuerda a la *Agrupación Cultural Triquitraque*. También cantaba en la *Coral Amanecer* y en el *Coro de Campanillero Ntra. Sra. de Las Nieves*.

Casualmente, Casti tropezó con la escalera donde yo estaba subido arreglando nuestra caseta de feria en agosto de 1980. No nos conocíamos de nada y hasta hoy estamos juntos. ¡Qué suerte tengo con mi compañera de viaje!

Cuando escribo este texto, nos situamos en Gerena, entre el Aljarafe y el comienzo de la Sierra Norte de Sevilla, famoso por sus canteras de granito, donde ejerzo y donde vivimos desde que tomé posesión, tras opositar, en 1987.

Cuando llegué contaba con 5.067 habitantes. A primeros de 2024 tiene 7.948 censados.

Aquí nos entretuvimos en tener dos hijas y trabajar mucho los dos. Dentro de nuestras posibilidades, participamos de la actividad cultural local, reflotando junto a Francisco Romeri y al párroco local, el Hermano Salguero, la tradición de los coros de campanilleros y, más tarde, fundé la Agrupación Teatral Tabla y Telón, dirigí un certamen literario... entre otras cosas.

Prácticamente toda la población ha pasado por mi consulta, situada en un centro de salud rural. Cuando llegué éramos dos enfermeros y dos médicos en un consultorio con tres consultas y una sala de espera. Hoy somos cuatro enfermeros, cuatro médicos, una enfermera pediátrica, una pediatra, una matrona, una auxiliar de enfermería y tres administrativos, en un centro más amplio, pero siguen faltando consultas para los enfermeros.

Como primera anécdota puedo comentar que, de los cuatro enfermeros, tres coincidimos estudiando en la misma Escuela Universitaria de Enfermería entre 1979 y 1982, donde obtuvimos el título de Diplomados Universitarios en Enfermería, que vino a sustituir al de Ayudantes Técnicos Sanitarios (1953 a 1977), al de Practicantes en Cirugía y Medicina (1857 a 1953) y al de Enfermeras (1915 a 1953), pero para mucha gente del pueblo yo soy el practicante, otro compañero es A.T.S. y los otros dos, enfermeros. Me imagino que yo seré el practicante por haber sido el primero en llegar. Soy el decano del centro desde hace varios años.

La enfermería es la ciencia de los cuidados, pero los enfermeros hacemos de todo: atendemos urgencias, ponemos inyecciones, planificamos cuidados, promocionamos la salud y las vacunas, realizamos programas de prevención para pacientes sanos y enfermos, educación para la salud, curas... Y hablando de curas, a veces hacemos de confesores.

Por mi consulta de enfermería pasa todo tipo de pacientes: cultos y legos, graciosos y serios, conocedores de nuestro argot y profanos, angelados y malajes, viejos sabios y niños...

A lo largo de mi ejercicio profesional he ido recopilando palabras curiosas, inventadas y tergiversaciones de otras palabras (palabros), además de situaciones grotescas, graciosas y, a mi humilde entender, dignas de ser salvadas en papel por lo chocantes e inusuales.

Lo que a continuación describo son palabras y anécdotas que en realidad no tienen nada que ver con la condición de los pacientes, ya que un lapsus lingüe lo tiene cualquiera y decir un disparate está al alcance de todo el mundo, sobre todo si se pone mucho interés en no decir ninguno.

Este no libro, ni pasquín, ni boletín, ni diario, ni memorias, ni... bueno, este... lo que sea que escribo a continuación, lo divido en tres apartados, uno de palabros, donde recopilé tergiversaciones de palabras o palabras inventadas, otro de frases curiosas y otro de anécdotas, sin contar esta introducción y el epílogo. Todo totalmente artesanal, realizado con paciencia y cariño sin tener ni idea de cómo hacerlo. Además, como es solo para los amigos, ninguno me lo va a criticar mal.

Como se dice el pecado, pero no el pecador, la mayoría de los nombres son ficticios, pero todo es real. Me ha ocurrido a mí o directamente a los compañeros que me lo han contado. En ello dejé empeñado mi *palabro de humor*.

Manuel Carlos Cid González  
Enfermero “Practicante” de Gerena del 1/4/1987 al 12/3/2024

# PALABROS

- *Ácido jurídico, potasio jurídico y ácido único* (ácido úrico).
- *Bucomatasanos* (Bucometasona, un preparado comercial para las molestias de garganta).
- *Caticardia* (taquicardia).
- *Cólico centrífugo, cólico frenético y cólico artiti* (cólico nefrítico).
- *Costelerol y costerelol* (colesterol).
- *Esperatrapo y esparatrapo* (esparadrapo).
- *Fístola en el follino* (fístula perianal)
- *Indiciones y endiciones* (inyecciones).
- *Medicamentos clónicos, transgénicos o gerénicos* que en Gerena tiene más gracia (medicamentos genéricos).
- *Notolil, dolotil, dolotín y molotín* (Nolotil, nombre de un preparado comercial).
- *Pímpano, pímpamo y pámpano* (tímpano).
- *Platicante* (practicante).
- *Suero psicológico* (suero fisiológico).
- *Talámetro y Milindro* (milímetro)
- *Tivilizó* (televisor).
- *Triciclicos y trigliceritos* (triglicéridos).

## FRASES

No puedo respirar cuando me pongo *zalacatona* en el pelo (laca en el pelo).

-oOo-

Mi primo va a *dialeta*, lo de sacar el *meao* por las tuberías de una máquina (diálisis).

-oOo-

- No puedo dormir con el ruido de la *biscotela*.

- ¿Pero María, que es la *biscotela*?

-La *pilitroca* esa (la discoteca). El sitio donde entran las *burracas* (chicas jóvenes ligeras de cascos).

-oOo-

Don Carlos, vengo a repetirme los análisis de sangre porque la sangre que me sacó usted la semana pasada dice en el papel que llegó *congelada* (coagulada).

-oOo-

¡Con esta gripe vamos a ir todos para los *ciprestes*! (para los cipreses, entiéndase el cementerio).

-oOo-

A mi esposa le ha hecho un *ligamento de trompa* (ligadura de trompa).

-oOo-

Vengo a ver a la enfermera de *empalme*, también llamada la enfermera de *rayos láser* (enfermera de enlace).

-oOo-

Tengo la *fatiguita* o tengo *el levante* significa cualquier cosa, cualquier tipo de disconfort. Se acompaña de otro calificativo que complementa la explicación: *fatiguitas del mareo*, *el levante en el estómago* (o *estógamo*, que también se dice), *fatiguitas epilécticas*, *el levante en la espalda*... normalmente son vanalidades que solo los profesionales de la zona saben interpretar. Estamos hablando de una zona costera de Cádiz.

-oOo-

Vengo para que me *pese la sangre* (me tome la tensión).

-oOo-

He ido a la *automédica* (ortopedia) para que me hagan unos zapatos a medida.

-oOo-

A mí no me pasa nada en la *proscá* (próstata). Yo *meo* como un chivo *jarto chero* (harto de suero de la leche).

-oOo-

La sanidad es un cachondeo, cada uno hace lo que le da la gana, esto está peor que Sodoma y *gonorrea* (Gomorra).

-oOo-

- ¿Estás en ayunas?

-Solo me he tomado el *teori*, el *tiroli* o como se llame (los comprimidos de tiroxina).

-oOo-

En el hospital me han puesto una *cédula* (férula) en el dedo.

-oOo-

Mi hijo se prepara los bocadillos en la *changuijuela* (sandwichera).

-oOo-

Haga el favor de recetarme el *tigretón* (el nombre de un pastel. Se refería al Tegretol, un preparado comercial).

-oOo-

La herida me la curan con *bitamine*, *metamín* o como sea (Betadine, una marca comercial de antiséptico).

-oOo-

¿Me puede recetar usted *ultra laburra*? (Existe un preparado comercial para regenerar la flora bacteriana que se llama Ultralevura).

-oOo-

Haga usted el favor de recetarme el *darío* (Adiro, una marca comercial). También hay quién ha pedido que le recete el *diario*.

-oOo-

Manuela era una señora rondando los 80 años, muy educada, muy tímida, vestida de hábito desde hacía muchos años y extremadamente

religiosa. Entra en la consulta del médico con un cartón en las manos:

-Buenos días, doctor. ¿Me podría dar Vd. la receta del *sexo oral*?  
(Seroxal es la marca de un preparado comercial).

-oOo-

El celador sustituto era un señor voluntarioso, colaborador, pero le fallaba la escritura. Cuando le entregaba al paciente el papelito con la cita del pediatra, escribía: “*nunmero para el pidiatra*” (Número para el pediatra).

-oOo-

Yo, para el estreñimiento, tomo *luctuosa llorante*. (El laboratorio Llorente comercializa el preparado llamado Lactulosa Llorente).

-oOo-

Una paciente me comenta, toda encorvada, que tiene “*un ba*”, yo pensaba que me decía que había puesto un bar, pero lo que me quería decir es que tenía un lumbar, un dolor lumbar.

-oOo-

Mi marido está en *distancias cortas* (estancias cortas).

-oOo-

Me estoy tomando unas pastillas *fluorescentes*, de las que hierven (efervescentes).

-oOo-

- María, ¿qué te dijo el oculista?

- Que me tengo que operar de *tataratas* y me ha mandado unas *lágrimas postizas*.

-oOo-

Llega una señora pidiéndole al médico que le dé *friso*, que el que le había puesto el enfermero era muy malo y se despegaba (la paciente con friso se refería a una marca de cinta celo de la marca Fixo, en vez de esparadrapo).

-oOo-

-Vengo para el *citroen* (Sintrón, prueba del INR).

-oOo-

El especialista me quiere operar de la *prótoa* (próstata) y el problema mío es del *orín* (orina). Yo creo que me tendrá que operar de la

*bujiga* (vejiga).

-oOo-

Me tiene Vd. que recetar un bote de *diez mil gotas* (Diemil es una marca comercial de un preparado en gotas).

-oOo-

En la farmacia:

- Deme un bote de tinte del pelo como este del *monstruario* (muestrario).

-oOo-

Don *Manué*, qué a gusto está *usté* aquí, en *su mesa de foñica* (mesa de formica. La *foñica* (o *foñico*) es la hoja de la mazorca de maíz, que se utilizaba antiguamente para rellenar los colchones).

-oOo-

Me han analizado el *líquido raquítrico* (líquido raquídeo).

-oOo-

Buenos días, traigo esta muestra de orina para que le hagan un *eurocultivo* (urocultivo).

-oOo-

- Hola, Juan ¿Con qué te han curado durante mis vacaciones?

- Unos días me ponen *mono* y otro día *silig bang* (un producto de limpieza doméstico), (Irujol mono y Silvederma son dos marcas de pomadas).

-oOo-

Me llega un paciente a la consulta con un P10 para que le ponga un Nolotil. Le pregunto que qué le pasa y me dice que tiene un tremendo *doló de selebro*.

-oOo-

- ¿Qué me traes Juana?

-El informe del especialista.

- ¿De cuál?

- Del *linternista* (Entiéndase el especialista de medicina interna).

# ANECDOTAS

Don Rafael Martínez fue mi profesor de farmacología. Una excelente persona y un magnífico profesor. Estaba a punto de jubilarse, por lo que ya estaba de vuelta de todo y explicaba sus clases con el magisterio que dan los años y la sabiduría que da la experiencia.

Siempre recordaré una de sus frases: “En nuestra consulta debemos tener solo tres cosas: bicarbonato, aspirinas y un vademécum. El bicarbonato y la aspirina para nosotros. El vademécum para los pacientes”.

-oOo-

Don Juan Bermudo era nuestro profesor de Salud Pública. Buen profesor, buen médico, buena persona, socarrón e irónico. En clase, para mantener el interés, nos solía poner ejemplos ilustrativos.

Estuvo un tiempo dirigiendo el departamento de enfermedades de transmisión sexual y explicándonos la sífilis nos ilustra contándonos la consulta con una chica:

-Señorita, usted lo que tiene se llama sífilis, es una enfermedad que se contagia manteniendo relaciones sexuales.

- ¿Y yo como la he cogido?

- Manteniendo relaciones sexuales.

- Yo no.

- ¿Tiene usted novio?

- Sí, pero no he tenido relaciones sexuales con él.

- Pues sólo se contagia de esa manera. Haga usted memoria a ver con quién...

- Bueno, un día en la piscina me puse el pantalón de un amigo.

- Sí. Y seguro que su amigo estaba dentro de los pantalones.

-oOo-

Estuvo don Juan también de responsable de dietética del hospital. Los primeros días de responsable, se pasó por las plantas encuestando

sobre las pegas que tuviesen sobre la comida. Los pacientes se quejaban de que la cena llegaba fría.

Para paliar el tema, la solución que se le ocurrió fue preparar cenas frías, a base de ensaladas, ensaladillas, quesos, jamón de york, ahumados...

Para poder evaluar la aceptación del cambio, a la semana visitó a los pacientes que llevaban más tiempo ingresados.

Le pregunta a un abuelo:

- ¿Qué le parece a usted la cena?

-Pues mire usted, para tapear no está mal, pero para comer, comer, lo que se dice comer...

-oOo-

También observó don Juan que desaparecía mucho menaje, por lo que le encargó al personal que comprobaran las cosas que entregaban con la bandeja de la comida y las que devolvían los pacientes.

De postre ponían con cierta frecuencia flan, que se consumían directamente en unas flaneras de aluminio y se observó que de una habitación un paciente no la devolvía, por lo que se lo comunicaron a don Juan, que ni corto ni perezoso, se pasó por allí.

- Hola, buenos días, me comenta el personal que de esta habitación están faltando las flaneras de aluminio.

- Sí, don Juan. Es mi marido. Las tiene en la mesilla de noche.

- Pero Manuel, ¿para qué quiere usted eso, si eso son los moldes para hacer el flan? Tiene usted en el cajón media docena.

-Sí. Pero me falta otra. Tengo siete nietos y quiero llevarle una a cada uno cuando me den de alta.



-oOo-

Íbamos Jesús Huet y yo a recoger a Flori, una compañera que estaba de prácticas en la planta de psiquiatría, para ir a desayunar.

Entramos en la planta y antes de llegar al control de enfermería nos aborda un señor con una bata blanca y nos pregunta que quienes éramos.

- Alumnos de la escuela de enfermería.

- Acompañadme.

Nos lleva a un despacho y cierra con llave. Comienza un interrogatorio sobre quién éramos, qué hacíamos allí, cuantas veces veníamos... Cuando hubo repetido varias veces las mismas preguntas, sale y cierra con llave por fuera. Jesús y yo nos mirábamos y no dábamos crédito. No sabíamos quién era el individuo ni que estaba pasando.

Al rato vuelve y nos repite la misma batería de preguntas. Al final nos dijo que podíamos marcharnos.

Salimos directamente hacia la calle, paso ligero y sin mirar atrás.

Cuando por la tarde llegamos a clase, Flori no paraba de reírse contando el hecho a los que tenía a su alrededor y al vernos cariacontecidos aumentaron las risas.

- ¿Qué os ha pasado esta mañana?

- Eso quisiéramos saber. Cuéntanos.

- El que os ha encerrado es el jefe de servicio, que le habían dicho que un individuo llevaba varios días entrando en la unidad y alterando a los pacientes. Por la descripción que le dieron pensó que era Carlos y os encerró para llamar a seguridad. Yo le dije que erais compañeros, que ninguno erais el alborotador. Cuando salisteis del despacho, os llamé a voces, pero no os volvisteis.

Ella dice que nos llamó, pero ni Jesús ni yo estábamos en ese momento para atender llamadas de nadie.

-oOo-

Mi primer destino fue en Pruna, año 1983, sustituyendo a Pepito el Practicante, el único que había, dos años antes de jubilarse. Con él tuve varias anécdotas.

El primer día, Pepito me presenta a los dos médicos y me enseña la consulta de enfermería. Una sala de 3x3 metros, con un armarito de cristal en el que había un bote de alcohol, otro de agua oxigenada y otro de mercurocromo, algunas gasas, un rollo de algodón, unas pinzas y

agrafes metálicos, pero de los de antes. Una mesita metálica con una hervidora, una camilla destartalada y un taburete. Las paredes y el techo, blancos en un principio, amarilleaban y estaban llenos de salpicones de colores de purgar las jeringas.

- ¿Dónde están las jeringas y las agujas, Pepe?

- Ahí, en la hervidora, que, por cierto, no la enchufes que no funciona. Pones la tapadera debajo, al revés, la llenas de alcohol, lo prendes y a esperar que hierva el agua.

- ¿No hay material desechable?

- Mira, Carlos, tú vienes del hospital, donde hay de todo. Aquí, a 100 km., no hay de nada. Con esas tres jeringas y esas 15 o 20 agujas te tienes que aviar. Cuando se te acabe el alcohol, habla con uno de los médicos para que te recete un bote y te acercas a la farmacia.

- Pepe ¿y para las curas?

- Lo que te haga falta, que lo receten los médicos.

- ¿Y para suturar una herida?

- Ahí tienes agraifes y unas pinzas, o mandas a alguien a la farmacia por seda y luego le llevas la receta, pero no hay portaagujas. No me preguntes por guantes, que no hay ni aquí ni en la farmacia.

- ¿Y para hacer los avisos, que me llevo?

- Hijo, lo que hay es lo que hay. Por cierto, los avisos se cobran todos a 25 pesetas la visita.

Me acerqué al maletero de mi coche y cogí una caja de jeringas y agujas desechables que yo había tenido la precaución de llevarme de mi casa. Con el dinero de los avisos fui comprando material, hasta que conseguí que nos lo mandaran de Sevilla.

-oOo-

Me invitó Pepito a almorzar en su casa y me sorprendió que tenía varias imágenes religiosas a tamaño natural. Le pregunto que si son de alguna hermandad.

- ¡Qué va! Son de Regla, mi mujer, que es muy religiosa. Si alguna vez tienes algún problema con el Altísimo, habla con ella, que tiene mucha mano ahí arriba.

-oOo-

Pepito era epiléptico. No aprendió a montar en bicicleta porque se caía. Tampoco conducía y, además, se mareaba en los coches.

Me pide un día que le lleve en mi choche a Morón para renovar su DNI y el de su esposa. La carretera de Pruna a Morón era infernal. Innumerables curvas rodeando cerros con barrancos enormes. Pepito apenas hablaba y su esposa, detrás, bisbiseaba rezando el rosario.

A medio camino Pepito me pide que pare, que tenía nauseas. Aminoro la marcha buscando un sitio seguro para poder aparcar cuando, de repente, con el coche en marcha, abre su puerta y saca el cuerpo hacia el vacío, vomitando. Frené en seco y pude echarle mano al filo de la chaqueta. La esposa, con el rosario en la mano, empezó, voz en grito, con las letanías.

Se ve que Dios la oyó y le hizo caso, salvándonos de una muerte casi segura.

-oOo-

En la feria de Pruna, la banda de música despierta al pueblo con la diana y con cohetes, pero aquel día, al poco de empezar, me llega el cohetero con una quemadura extensísima que comprendía desde el codo izquierdo hasta el costado, incluida la axila.

- ¿Qué te ha pasado?

- Que se me olvidó el mechero de yesca y estoy encendiendo los cohetes con cerillos. Se me ha caído uno sobre el mazo de cohetes que tenía bajo el brazo y se han prendido todos a la vez, saliendo disparados hacia la banda, que venía detrás mía. Y menos mal que anduve listo y levanté el brazo, que si no...

Los músicos rodaron como bolos de una bolera.

-oOo-

Entra en mi consulta una paciente joven, alta y gruesa para ponerle una vacuna al niño. Venía hablando con su madre, también alta y gruesa, de los kilos que había puesto durante el embarazo, y que no sabía cómo perderlos.

Me entrometo en la conversación y le digo que, si quiere, le

preparo una dieta para adelgazar, y ella acepta, por lo que le preparo una dieta de 1.000 calorías, pensando que como no tenía peso para cuantificar las raciones, las porciones de alimentos serían más grandes de lo indicado.

A la semana de comenzar la dieta me vino a ver y había puesto peso.

-María, has puesto peso. No lo entiendo. ¿estás haciendo bien la dieta?

-Yo sí. Estoy haciendo un esfuerzo tremendo, porque comerse lo que usted me ha mandado después del desayuno, almuerzo y cena...

- ¿Cómo dices?

- Que, harta de comer, cuesta mucho trabajo comerse las comiditas que usted me mandó.

-oOo-

Sigo en Pruna. Un domingo a las 2 de la madrugada, me llama el médico a la pensión para ir a un domicilio a atender un cólico nefrítico de una señora mayor.

Cuando le pusimos el tratamiento, al tiempo de irnos, un hijo nos dice:

- Tengan ustedes, por la molestia de haberlos sacado de la discoteca a estas horas.

- No nos ha sacado de la discoteca. No hace falta que nos dé nada. Este es nuestro trabajo.

- No, por favor, tengan ustedes -decía manteniendo algo en el puño y queriéndolo poner en mi mano-.

- No, por favor, no nos tiene que dar nada.

Él insistía y como yo no cogía lo que me quería dar, lo introdujo en el bolsillo de mi camisa.

Sin ver que era, le di las gracias. En la calle el médico me preguntó que qué me había dado. Saco lo que llevaba en el bolsillo y me encuentro con dos monedas que apenas circulaban. Eran dos monedas de perra gorda, es decir, 20 céntimos de peseta.

-oOo-

Estuve trabajando una Semana Santa en Huévar del Aljarafe, donde existía una rivalidad tremenda entre dos hermandades.

El primer día acudo a ver a un paciente en su domicilio y me

sorprende ver el ajuar que tenían en el salón, perteneciente a una de las imágenes que procesionaría varios días después.

Una señora mayor me pregunta:

- ¿Usted de que hermandad es?

- Señora, es el primer día que vengo a Huévar.

- Pues aquí hay que ser de mi hermandad, así que ándese con cuidado.

-oOo-

En una guardia en Los Palacios, sobre 1984, que no había ambulancia, el médico había salido a un aviso y llega una madre corriendo con la cara descajada, portando un niño de unos 2 años desmadejado en sus brazos. Nadie la acompañaba. Cojo al niño en brazos y le pregunto a la madre que qué le ha pasado y me dice que había tenido como convulsiones. El niño estaba ardiendo de fiebre, respiraba mal y tenía un pulso muy débil. No reaccionaba a ningún estímulo. Le pido al celador que llame a casa del paciente que estaba viendo el médico y le diga que tengo un niño con convulsión febril.

Tal como cogí al niño, lo metí bajo el grifo del fregadero de mi consulta y empecé a bañarle a chorro. La madre estaba fuera y el celador intentaba calmarla a la vez que le impedía el paso a la consulta.

El crío empezó a reaccionar y a tener pequeñas sacudidas tónico-clónicas, pero empezó a respirar mejor y el latido era más firme. Empezaba a responder a la voz. Como el fregadero estaba bajo el armario de la medicación, fui preparando un Diazepan que apliqué intrarrectal. Cuando llegó el médico, el niño ya había respondido a la medicación y estaba estable. El médico lo reconoció y, cuando salimos con el niño en brazos, ya había llegado el padre con un coche. Le dijimos que tenían que irse al hospital de Valme, a unos 15 minutos del consultorio.

La madre cogió en brazos al niño ya recuperado, pero aún tenía el pelo mojado y, yéndose, le iba diciendo al marido: “Estos canallas, malasangres, van a matar a mi niño de una pulmonía”.

El padre nos miró desde la calle con cara de desprecio y se fueron. Nunca supimos para dónde tiraron.

-oOo-

Hice bastantes guardias en el servicio de urgencias de mi pueblo, con un médico que tenía la costumbre de mandar para las odontalgias colutorios con Nolotil ampollas, pero como el sabor es amargo, aconsejaba mezclarlo con coca cola.

Una noche, a las 4 de la madrugada:

- Tenga usted esta ampolla. Cuando llegue a casa la abre, la mezcla con coca cola y hace buchadas, y luego se lo traga.

- Pues yo no tengo coca cola en casa. A esta hora ¿dónde encuentro coca cola?

- Pues busque usted el bar de urgencias. Alguno estará de guardia, como nosotros.

-oOo-

También en Los Palacios, a las 6 de la mañana, que no había venido nadie por la noche, suena el timbre.

- Buenas noches. Tengo el coche ahí cerca y no me arranca ¿Me podéis empujar? Es que a esta hora solo estáis ustedes despierto.

-oOo-

Trabajé en 1984 en el servicio de urgencias de Utrera. Un día apareció por allí, con ganas de charlar, el inolvidable practicante local Emilio Caraballo, que al enterarse que yo era de Los Palacios, me mandó recuerdos para Federico, un practicante de su edad, más o menos (tendrían entonces unos 70 años), y me cuenta:

- Mira niño, una noche que no cogía el sueño, a las dos de la mañana salí de mi casa y me puse a pasear componiendo poesías. Cuando me vine a dar cuenta, me había encajado en Los Palacios. ¿Y qué hago yo ahora? Serían las 5 de la mañana. Me acerqué a casa de Federico, que me ofreció quedarme en su casa hasta poder coger el autobús para Utrera, pero le dije que no, que no quería molestar. Le pedí una bicicleta prestada para no volverme andando.

-oOo-

A finales de 1984 entro a trabajar en el laboratorio del Centro de Diagnóstico y Tratamiento del Hospital Virgen del Rocío.

El supervisor me indica que de 8:00 a 12:00 tengo que estar en la

sala de extracciones y que, a partir de esa hora, me fuese con Enriqueta que me enseñaría coagulación.

Enriqueta no tenía capacidad docente y le molestaba que yo le preguntase sobre lo que ocurría en la cascada de coagulación y se quejó al supervisor, que me mandó, para que no molestara con mis preguntas, a una unidad nueva que se había creado con tres médicos para promover el alta de los pacientes crónicos hospitalizados. Mi misión era ir a los domicilios que me indicaran estos médicos a sacar sangre a los pacientes y llevarla al laboratorio. No había organigrama ni protocolos ni previsión de plantilla... nada. Bueno, sí: un despacho pequeño. Se llamaba Unidad de Hospitalización Domiciliaria.

A las 12:00 me acercaba al despacho, cogía las peticiones, los botes y algún material de curas, por si acaso, y, con mi choche, iba a los domicilios, sacaba la sangre y a las 13:00 o 14:00 estaba de vuelta, pero el supervisor se quejaba de que llegaba muy tarde.

Estaba visto que no congeniábamos.

A los 8 o 10 días de estar en dicha unidad, le veo el potencial enfermero que puede tener y me pongo a realizar un organigrama de la unidad y un protocolo de actuación, así como una previsión de materiales y de personal, aumentando la labor de enfermería. Cuando lo terminé, me fui al despacho de la enfermera jefe y se lo presenté. Me mira con cara rara, me pregunta que quién es mi supervisor, y le llama. Una vez termina la llamada, me ordena, de muy malas maneras, que me vaya para el laboratorio y que no me meta en cosas que no me competen. Que deje de molestar en el laboratorio con tonterías y preguntas.

Salgo del despacho y, en vez de irme al laboratorio, me voy con mis papeles al despacho del director del Centro de Diagnóstico.

- Buenas tardes, don Segundo. Soy Carlos, enfermero que colabora con la Unidad de Hospitalización Domiciliaria. He realizado este proyecto para la Unidad.

- Gracias. Déjemelo que le echaré un vistazo.

A la media hora, el supervisor me espeta que en qué lío me he metido ahora, que el director me llama a su despacho.

No le comento nada y acudo.

- Carlos. Me gusta su proyecto. No vuelva por el laboratorio. Vamos a repasar este documento y, a partir de mañana, quiero que empiece a poner esto en marcha.

El supervisor y la enfermera-jefe estuvieron encorajados conmigo durante los más de dos años que estuve allí hasta que tomé posesión de mi plaza en Gerena, pero la Unidad sigue funcionando aún con las directrices que yo marqué.

-oOo-

José, de unos 80 años, era un paciente de hospitalización domiciliaria. Tenía una leucemia y cada tres semanas le visitaba para realizarle un hemograma de control de anemia y cambiarle la sonda vesical. Era un señor muy especial, muy raro. Se había metido en la cama y se había negado a hablar, sin tener motivos para el encamamiento ni ningún tipo de disfunción del habla. En el año que estuve visitándole no me dirigió la palabra para nada, pero yo le hablaba como si lo hiciese. Con la mirada y la expresión de la cara se comunicaba.

- No habla porque no le da la gana - decía la mujer-. Cuando quiere algo me llama a voces limpias, y cuando llego al dormitorio se calla y con la mirada le tengo que entender.

La mayoría de las veces que iba a visitarle venía también el médico, y tampoco le hablaba.

Cuando aprobé las oposiciones y me fui a trabajar a Gerena, coincidiendo con la llegada de mi sustituto a la Unidad de Hospitalización Domiciliaria, se empezaron a utilizar las primeras sondas de silicona, que no se cambian tan frecuentemente como las de látex. A la tercera visita de mi sustituto a José, éste le habló al médico:

- ¿Y don Carlos?

- ¡Hombre, José!, me alegro de haberle escuchado por primera vez -respondió el médico sorprendido-. Don Carlos se ha ido a trabajar a otro sitio.

- ¡Menos mal! Me tenía la churra hecha polvo.

Y no volvió a decir nada más.

-oOo-

En 1985 había una única Unidad de Hospitalización Domiciliaria en Sevilla, ubicada en la Ciudad Sanitaria Virgen del Rocío.

Tuvimos un paciente que vivía en Triana, a unos 35 minutos de nuestra unidad, si no había problemas de tráfico. A las 13 horas nos llaman de este domicilio diciendo que, por favor, vayamos urgente porque el paciente se ha puesto muy mal.

- Llamad al ambulatorio del Tardón que está al lado de vuestra casa. A esta hora nosotros tardaremos un buen rato en llegar.

- No, por favor, vengan ustedes - nos repetía por teléfono la hija, con voz afligida, hasta que nos convenció.

El médico y yo tardamos en llegar al piso del paciente unos tres cuartos de hora. La puerta estaba entreabierta. Me asomo un poco y le digo al médico:

- Antonio, el paciente ha fallecido.

- ¿Qué dices? ¿por qué dices eso?

- Mira, asómate -se veía un pasillo largo y al fondo, una habitación en la que se distinguían unos zapatos de charol relucientes que asomaban en vertical por encima de los pies de una cama-. El paciente está ya amortajado y todo, fijo.

Llamamos al timbre y sale a recibirnos la hija, llorando.

- Pasen ustedes.

- ¿Cómo está tu padre? ¿qué le pasa? - pregunta el médico.

- ¡Ahhh! Pasen ustedes - nos repite sin dejar de llorar, y nos acompaña hasta el dormitorio que se veía desde la puerta-.

En efecto, el paciente estaba muerto y amortajado con un traje y unos zapatos de charol.

La viuda, entre sollozos, nos pide que, por favor, hagamos algo para dejarle la boca cerrada. Esa era la mayor preocupación que tenían en ese momento.

Nosotros estábamos un poco confusos, porque nos habían llamado para cerrarle la boca a un cadáver.

Pedimos un pañuelo grande, con la intención de atárselo a la cabeza haciéndoselo pasar por la barbilla, pero con la grasa del cuero cabelludo, cada vez que apretábamos el nudo se nos corría el pañuelo

para la frente o para la nuca.

El médico y yo nos mirábamos atónitos por lo que estaba aconteciendo. La situación era un tanto surrealista y no veíamos como solucionarla.

- Nosotros creemos que la mejor solución va a ser que una de vosotras le mantenga la mandíbula apretada hacia arriba durante un rato –propusimos, pero la familia no nos dejaba irnos, ni nosotros sabíamos cómo marcharnos sin que se sintiesen abandonados-.

De buenas a primera se oye en el pasillo:

- ¡Del gatito negro, la suerte! ¡Llevo un trece! ¿Queréis algo?

Un vendedor de loterías que vio la puerta abierta, aprovechó para ofrecer su mercancía.

El médico y yo nos miramos y nos comprendimos. En ese momento de confusión aprovechamos para irnos casi sin decir adiós. Íbamos con el paso ligero, uno detrás del otro, con el maletín en la mano, buscando el ascensor. Al entrar en él nos volvimos a mirar y no pudimos contener una carcajada.

-oOo-

Cuando llegué a Gerena solo había un enfermero. Yo llegaba para ocupar una segunda plaza que se había creado, como segundo enfermero, pero el titular parecía que pensaba que yo llegaba para quitarle algo. Dos años trabajamos juntos. Los peores de mi vida profesional. Horroso. Cuando se pidió traslado no dejó ni un amigo en el pueblo.

Los médicos, don Antonio G. Quirós y don Antonio Castellanos, todo lo contrario. Cuando me presenté a este último me pidió que cogiese su cupo, que Quirós sabía barajar al otro.

Castellanos y yo trabajamos juntos, con el mismo cupo de pacientes, treinta años, de 1987 a 2017 que se jubiló. Él estuvo en activo en Gerena desde 1983, 34 años. Yo me jubilo en 2024, 37 años. Creo que ostento el record de tiempo del mismo titular atendiendo a Gerena. Y siempre con el mismo cupo.

Antonio Castellanos y yo llegamos a tal punto de compenetración, que, en las urgencias, apenas nos hablábamos. Ni él me ordenaba ni yo le pedía. Con la mirada nos entendíamos.

Recuerdo un día que él estaba de guardia en El Garrobo y yo en Gerena, con una médica con la que era la primera vez que hacía guardia.

Nos activan, por una pérdida de conciencia tras una caída, para ir a una casa rural en el término de Gerena, pero más cerca de El Garrobo que de Gerena y por lo que sea, también activaron a Castellanos.

Cuando llegamos, reconocimos al paciente, que presentaba una otorragia y disartria. Antonio, Alfonso, nuestro técnico, y yo empezamos a inmovilizar, medicar y preparar al paciente para el traslado. Apenas si nos hablábamos. Cada uno a lo suyo y pendiente de los otros dos, con una dinámica de trabajo forjada a base de profesionalidad, preparación, eficacia, experiencia y compenetración.

Cuando salíamos de la casa con el paciente en la camilla, caímos en que la médica no estaba con nosotros. Al llegar a la ambulancia, estaba allí. La miramos y nos dice:

- Me he venido porque no me dejabais hacer nada.

-oOo-

Don Antonio González Quirós, además de un gran médico, tiene una mano izquierda capaz de torear a un Miura y a un Vitorino a la vez.

Un día, de guardia, llega al consultorio, de muy malas maneras, un señor quejándose de que cuándo iba a ir el practicante a curar a su familiar, que llevaban toda la mañana esperando.

Don Antonio le dice que ese día estaba de guardia una enfermera forastera y estaría tardando más en localizar los domicilios. En los años 90 no había ni GPS ni conductor que te llevase durante las urgencias.

El señor protestaba en estos términos:

- Parece mentira que manden a gente así al pueblo, sin conocerlo ni nada, como si aquí no hubiese practicantes. Se puede morir uno y no llegan.

- Es verdad, Juan, tienes toda la razón. No te preocupes que cuando llegue, le preguntaré si ha estado en tu casa, no sea que no haya dado con ella, y le explicaré como llegar.

- Vale, pero que no se te olvide.

- No te preocupes, que no se me olvida el recado.

Cuando se marchaba, ya en la puerta, le llama don Antonio,

haciéndose el despistado:

- Juan, por favor, una pregunta: ¿Tú sabes dónde está la calle Rosal?

- ¿La calle Rosal...? ¿La calle Rosal...? Ahora mismo no caigo, don Antonio.

- Pues eres del pueblo y taxista.

Juan agachó la cabeza y se marchó sin decir adiós.

-oOo-

Maribel, la enfermera de la anécdota anterior, en efecto, no conocía el pueblo. Iba preguntando y tardaba en llegar a los domicilios. Ese día en concreto, se metió por Jardinillo, una calle muy estrecha al principio, que, a la mitad, tiene escalones. Ella siguió adelante, cuesta abajo, porque los escalones eran bajitos, pero el último tenía casi medio metro, por lo que no pudo salir hacia delante, y marcha atrás le daba miedo. Unos vecinos le ayudaron a sacar el coche poniéndole unos tablones y unos gatos. Por eso tardaba. No ha sido la única.

-oOo-

Sebastián era un tipo prepotente y desafiante. Tenía problemas con todo el mundo. Llama al médico y le pone un aviso a domicilio para la esposa, que dice que le dolía el vientre.

- ¿No puedes traerla al consultorio en tu coche?

- No la llevo porque no me da la gana. Y si no vienes te pongo una denuncia, porque tienes la obligación de venir.

- Vale, cuando acabe la consulta, dentro de un par de horas, me acerco a verla.

- ¡Tienes que venir ahora!

- Ahora estoy pasando la consulta y no puedo. Iré cuando acabe.

- ¡Como le pase algo a mi mujer, te vas a enterar!

Don Antonio, terminó con el paciente que estaba viendo en la consulta y se acercó al domicilio de Sebastián, por si el problema era serio.

- ¡Sebastián...! ¡Sebastián...! –la puerta estaba abierta pero no contestaba nadie. Entró hasta el patio y no contestaba nadie. Miró en el dormitorio y no había nadie en la cama. Se volvió al consultorio y siguió pasando consulta. A las dos horas suena el teléfono.

- ¿Tú cuando vas a venir a ver a mi mujer?

- Oye, Sebastián... ¿tú no has visto nada raro en tu casa?  
- ¿Cómo?  
- ¿Que si no has visto nada raro en tu casa?  
- ¡En mi casa no hay nada raro!  
- Entonces... ¿Quién ha puesto todas las sillas del salón amontonadas encima de la mesa camilla?  
- ¿Cómo?  
- ¿Cómo?, no. Que te has enterado. Así que ya sabes, aunque te estés muriendo, no me vuelvas a poner un aviso, porque no pienso ir a tu casa ni con la guardia civil.

Don Antonio, al ver que no había nadie en la casa, se entretuvo en poner todas las sillas apiladas encima de la mesa. En ocho o nueve años no volvió a poner un aviso a don Antonio.

-oOo-

Llega de urgencias a mi consulta una chica quejándose de un bulto en la ingle, que le dolía un montón.

La exploro y, en efecto, tenía un oma, en un labio mayor.

Llamo a su médica para que determine si le manda tratamiento antibiótico y antiinflamatorio a nivel local o sistémico.

Cuando llega, vuelve a explorar y me pide que pinte la zona, mientras monta un bisturí.

Sin avisar, clava el bisturí sobre el bulto y aprieta. La paciente da un grito enorme y, sin atreverse a moverse, me aprieta la mano hasta hacerme daño, mientras gritaba.

Tras varios apretones más, la doctora me comenta:

- Está flemonoso. Cúralo y que se tome lo que le voy a recetar.

La curo y le doy cita para el día siguiente, a la que llegó con muy malos andares (lógico), acompañada de la madre.

Antes de empezar la cura, le explico a una alumna que estaba de prácticas conmigo lo ocurrido el día anterior:

- La paciente tiene un bulto en la ingle y su médica le hizo una incisión en el labio mayor...

Me interrumpe la paciente y aclara:

- ¡De incisión en el labio, nada de nada! ¡Me dio un navajazo en to el coño!

-oOo-

A Domingo le pide el médico un análisis de orina, y en vista de que no tenía ganas de orinar, su hijo le dice al médico, totalmente serio y muy convencido: Deme Vd. el bote, que yo lo llenaré, que soy su hijo.

-oOo-

En el pasillo del Centro de Salud:

- Don Carlos, ¿usted cómo ve que mi mujer se quiera hacer una *diputación* desde la boca del estómago hasta el coño?

Un acompañante le rectifica y aclara:

- No se dice *diputación*. Es una *disposición* (liposucción).

-oOo-

Era el cambio de turno. Nos avisan de que una señora de 85 años, alta y delgada, se había caído a 40 metros del centro de salud. Acudo y tras comprobar que está parada, mando aviso al centro y comienzo RCP. La señora salió de la parada y respiraba, aunque seguía inconsciente. Llega don Antonio Castellanos y se vuelve a parar. El médico y yo comenzamos de nuevo RCP y vuelve a salir. Llegan dos celadores con camilla. La montamos y la llevamos al centro de salud, donde se vuelve a parar. El médico manejaba el ambú, yo preparaba para canalizar una vía y los dos celadores se turnaban en el masaje cardíaco. Ninguno de ellos tenía experiencia real. Era, para ambos, su primera parada, por lo que estaban muy nerviosos. Uno de ellos era fuerte y corpulento y se aplicaba al masaje cardíaco con tanto afán, que el otro le comenta:

- No le des tan fuerte que la vas a sacar por el sótano.

-oOo-

Nos llaman urgente de un bar, ubicado en un alto, porque un señor de 80 años, borracho, ha caído por la escalera de salida, de 5 escalones, de arriba a abajo, golpeándose fuertemente en la cabeza. Cuando llegamos don Antonio y yo, la tensión era tremenda. Era el patriarca de un clan gitano de tratantes, que celebraba con los hijos la venta de unos caballos. Toda la clientela expectante y sus tres hijos, también borrachos, lloraban, gesticulaban y gritaban a todo lo que les daba la voz. Al señor lo tenían sentado en una silla, pálido, con los ojos

cerrados y totalmente desmadejado, sin realizar ningún tipo de movimiento, sujeto a duras penas por dos personas, porque se caía. Mientras le tomo el pulso, el médico le mira el reflejo pupilar. La pupila tiene un aspecto normal, pero no reacciona a la luz. Don Antonio me comenta en voz baja que qué habrá tomado, que creía que estaba muerto, que no había reacción pupilar, pero le extraña que la pupila estuviera de aquella forma. Vuelve a mirar de nuevo y sigue igual. La pupila no reacciona. No está midriática ni tiende a la miosis con la luz. Yo le confirmo que tiene pulso. Vuelve a mirar el reflejo, compara y me dice:

- ¡Coño! Tiene un ojo de cristal.

Ambos respiramos tranquilos. Curé las heridas y don Antonio llevó en su propio coche (un SEAT 850) al patriarca y a los hijos hasta el campamento que habían montado en las afueras del pueblo.

-oOo-

Entran en la sala de curas un señor para que le revise una úlcera en el maléolo. Viene acompañado por otro señor con el que mantenía una conversación intrascendente. Mientras le estoy curando siguen charlando. Le pregunto al paciente que si se está lavando la herida con jabón verde y me comenta que se lo está lavando con Magno (la marca de un jabón). El acompañante preguntó sorprendido:

- Quillo, ¿tú qué te lavas los pies con coñac? (Magno, además de una marca de jabón es una marca de coñac).

-oOo-

Llega una madre con su “niño” de 25 años y le dice al médico que el “niño” está *encandilao*. El médico le pregunta que qué quiere decir *encandilao* y la señora muy enfadada le recrimina al médico, entre otros improperios, que en dónde había estudiado, que no sabe lo que le pasa a la gente. A todo esto, el “niño”, de unos 100 kilos de peso y 1,90 m. de altura se había sentado al entrar y no había abierto la boca ni para dar los buenos días. Tampoco mostraba ningún signo de dolor, malestar, mala cara...

Tras unos minutos de interrogatorio al “niño”, y de contestar la madre, el médico consigue enterarse de que, trabajando en el campo, le

había entrado un cuerpo extraño en el ojo.

-oOo-

Lllaman de una residencia de ancianos diciendo que una señora ha hecho una parada respiratoria.

Acudimos el médico y yo con el desfibrilador y todo el material de urgencias.

Cuando entramos en la habitación, la paciente está cianótica, con los labios morados con un tubo de Guedel introducido en la boca y el ambú de haber estado realizando una RCP básica, que habían interrumpido hacía ya varios minutos.

El médico explora al paciente y certifica la muerte. Le comento que si se le realiza una tira de ritmo con las palas de desfibrilador para confirmar la asistolia y me dice que no es necesario, que incluso está fría.

Las auxiliares se preparan para amortajarla y el médico y yo nos vamos a un despacho para rellenar el certificado de defunción, cuando nos llaman a voz en grito:

- ¡Corred, corred a la habitación!

Cuando llegamos, dos auxiliares estaban realizando “RCP” al cadáver mientras otra le mantenía las piernas en alto y gritaba que estaba respirando. De las otras dos, una no hacía más que repetir que ella con esas cosas no podía, y la otra se afanaba a darle compresiones en algún lugar del pecho, mientras todas botaban en la cama.

Le intentábamos explicar que los cadáveres, al moverlos, soltaban aire y hacían algún tipo de ruido e incluso abrían los ojos, como había ocurrido, pero ellas, en su histerismo seguían cada una con lo suyo: gritando y botando.

-oOo-

Llega una señora con una crisis hemorroidal. La exploración es dolorosa debido al espasmo y hay que utilizar bastante vaselina. Cuando termina la exploración, el médico con un papel le retira el exceso de vaselina y se lo da a la paciente diciendo: “tenga, límpiense bien”. La paciente le da las gracias por el papel y se seca las lágrimas con el mismo papel.

-oOo-

A las 4:00 de la mañana de un día muy frío, llega Manuel el de Justa con una taquicardia supraventricular, con sensación de opresión fuerte en el pecho, muy preocupado, porque en su familia hay cardiópatas. Me pide un vaso de agua, y se la doy mezclando agua caliente y fría. Cuando prueba el agua tibia, me dice:

- A ver si me puede usted echar una ramita de hierba buena.

Después de darle medicación y realizarle maniobras vagales, comenta:

- Ya parece que el autobús que tenía en el pecho se está *diendo* (yendo).

-oOo-

Antonio tenía un mal perforante plantar y tardaba en curarle 15 o 20 minutos. Le gustaba mucho contar anécdotas de cuando él era un zagal y trabajaba en el campo. Todos los días me amenizaba la cura con alguna historia.

Un día le pregunté que si él, de chico, se había echado alguna vez el rabo al hombro (práctica zoofílica que consiste en ponerse detrás del animal, echarse el rabo al hombro, bajarse los pantalones y...).

- ¿Qué si me he echado el rabo al hombro? Cada vez que podía. Yo trabajaba de chanca (aguador de la cuadrilla) con una mula, y cada vez que tenía que ir al pozo para llenar los cántaros, me subía en el borde del pilón y me cuadraba a la mula. Ya el animal se cuadraba solo.

- ¿Eso no será verdad?

- ¡Qué me muera! Todos los días le metía un viaje o dos. Eso era muy corriente. Los zagales incluso hacíamos apuestas a ver quién era capaz de ir al corral de fulanita y cogerse a la burra. A los dueños de las bestias no les hacía gracia que se cogiesen a sus animales, porque las ponían en celo y encelaban a los machos y no se podía trabajar bien, porque los animales estaban nerviosos. Un día, yendo para el pueblo, me



paré con una burra que tenía un paisano amarrada junto al camino, y era muy bajita y muy mansa. Cuando terminé y me estaba poniendo los pantalones, escucho a mi espalda:

- ¡Ya has acabado, maricón?

Era el dueño de la burra, que venía hacia mí, palo en mano, con la intención de arrearme, pero con lo pantalones a medio poner, corría yo más que él, por la cuenta que me traía.

-oOo-

Una señora va a su médico y le dice que tiene molestias en la boca del cuerpo. El médico coge un depresor lingual y le dice que abra la boca. La señora, sorprendida, le dice que a ella en la boca no le pasa nada, que donde tiene molestias es en la boca del cuerpo. El médico le pregunta que a qué se refiere, y ella toda indignada le responde:

- ¡A que va a ser! ¡Al coño!

-oOo-

Estamos de urgencia. El médico me llama diciendo: Carlos, cuando puedas ven por mi consulta, que tengo aquí un señor con un cuerpo extraño. Al entrar en la consulta, la señora que estaba en la puerta me comenta:

- Que ganas de guasa tiene don Salvador. Tan feo no es el muchacho (el señor tenía un cuerpo extraño alojado en un ojo).

-oOo-

El paciente llega con cara de cansado:

- ¿Qué te pasa?

- Mire usted, Carlos, vengo de allá *arribota tó alobao* con un *entrepetaero* que me tiene *estartao*.

- ¡Ah, vale! Don José, que Francisco viene desde su casa, corriendo, con una opresión en el pecho que le ha puesto muy nervioso.

- Qué bien se explica usted...

-oOo-

Al paciente le realizaron un electrocardiograma hace un par de días. Entra en mi consulta de Enfermería y le pregunto qué le había dicho

el médico del electro:

- Pues mire Vd., me ha dicho don Antonio que lo tengo un poquito alto (El paciente tenía un bloqueo completo de la rama derecha del haz de His, y clínicamente tenía una bradiarritmia. Obviamente, no se había enterado de nada de lo que le había dicho don Antonio).

-oOo-

La señora viene a la sala de cura para que se le retiren los puntos de una cesárea. Yo, por entablar conversación y tener más información de la cura, le pregunto a la señora que por qué le han realizado una cesárea, a lo que responde:

- Porque estaba embarazada y he tenido un niño.

Ante esta respuesta inesperada, le aclaro mi pregunta:

- Sí, me lo figuro, pero ¿qué es lo que ha pasado para que no saliera el niño espontáneamente?

- Pues mire usted, que el niño no dilataba.

Dejé de insistir y le retiré los puntos.

-oOo-

Me lo contó Antonio Manuel Punta. En marzo de 2005 toreaba un diestro onubense muy miedoso con Antonio Manuel y Luis Paulova, en Aznalcóllar. Era una tarde algo desapacible, nublada, ventosa a ratos. Por la mañana incluso habían caído cuatro gotas de lluvia.

Antes de la corrida, el onubense entró en la habitación de Punta para hacer uso del baño, porque el de su cuarto no funcionaba bien. Salió descompuesto, con la cara blanca, el corbatín en la espalda, la camisa por fuera de la taleguilla. Caminaba lento, vacilante, hacia su habitación, pero a medio camino se vuelve hacia el Punta y le dice:

- No va a llover, ¿verdad?

En efecto, no llovió y tuvo que torear (más o menos). Fui testigo.

-oOo-

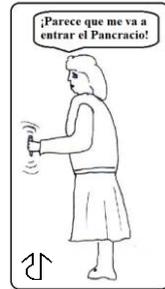
El paciente tenía fama de flojo. Su suegra no le decía canalla, le decía *canallón*. Hoy el paciente me comenta que va a hablar con el médico para ver si se opera de la rodilla, ahora que no está haciendo nada.

- ¿Qué quieres decir con que no estás haciendo nada?
- Que no estoy trabajando.
- Pero ahora puedes ir a coger aceitunas.
- Sí, pero yo no le voy a quitar el trabajo a los jóvenes del pueblo.

-oOo-

La paciente sostiene en la mano una muestra de orina y se le pone el pulso un poco tembloroso, que casi hace que salpique la orina fuera del bote. La señora para justificarse dice: “¡Ay, coño! que parece que me va a entrar el Pancracio” (Parkinson, una enfermedad).

-oOo-



Estoy atendiendo a un paciente y una compañera me pregunta si conozco a la señora que estaba en la puerta de la consulta, y, por detrás de este paciente que estaba atendiendo, para que no se diese cuenta ni se enterase de lo que me quería decir, empieza a hacerme gestos, señalando hacia la puerta, como de estar comiendo pipas de girasol y de caerse hacia atrás con cara de sorpresa.

Como veía que no la comprendía, cada vez repetía los mismos gestos, pero con más exageración.

El paciente, ajeno al espectáculo de mimo de la compañera me dice:

- La que está en la puerta es la Juana, que *s'ha jhartao* de pastilla y *s'ha tirao a matá*.

La paciente había tomado una sobredosis medicamentosa con intención autolítica.

La compañera con cara de alivio, como si se hubiera quitado un gran peso de encima, se limitó a decir: - ¡Ea!

-oOo-

Florencia es una paciente de 60 años que presume de dominar con cierta soltura el argot sanitario. Es diabética e hipertensa. Un día la derivamos con una crisis hipertensiva, que no cedía, al hospital. Al alta pasa por mi consulta.

-Bueno, Florencia, ¿qué ha pasado en el hospital?

-Pues mire usted, me han hecho un montón de pruebas de sangre y de electros y me ha dicho el cardiólogo que tengo la rama bloqueada del lado del corazón.

-oOo-

En Navidad, en una comida entre compañeros, contábamos anécdotas ocurridas en el trabajo. Yo comentaba:

- ¿A quién no le pasado en una visita domiciliaria que, al acercarse a la cama del paciente, con la puntera del pie, le ha dado un golpe a algo, debajo de la cama, y se ha mojado el zapato?

Contesta otro compañero:

- El zapato no te lo mojas, porque ese día vas con sandalias. Y tu rezas porque sea el vaso de agua de la dentadura postiza, pero nunca es eso. Son aguas mayores. Doy fe.



-oOo-

Juan, de 80 años, padecía una enfermedad neurológica degenerativa. Llevaba más de un año encamado, totalmente desconectado del medio. La familia lo cuidaba muy bien. Habían bajado su cama al salón de la casa, para tenerlo vigilado todo el día. No tenía úlceras, salvo una en la yema del pulgar de la mano izquierda, provocada por la presión que ejercía con este dedo contra el dedo corazón, debido a la degeneración neurológica. No había manera de evitar la presión. Pelotas de goma, rollos de venda... nada era efectivo.

Un día me dice Simona, una de las hijas:

- Carlos, la mano y la herida cada día huele peor. Por mucho que le lavemos, no podemos hacerlo bien por la rigidez de la mano.

Era verdad, ya habíamos probado con todo, pero una vez de perdidos... al río. Yo hacía cirugía menor en Gerena desde antes de que estuviese incluida en la cartera de servicios y me eché para delante.

- Mira, Simona, lo único que nos queda ya por hacer es operarle la mano.

- ¿A mi padre cómo lo vamos a llevar a Sevilla, en las condiciones en que está?

- No, lo opero yo, aquí.

- Es lo mismo llevarle a Sevilla que llevarle al consultorio. ¿Cómo le vamos a dar esa paliza?

- Que no. Que lo opero aquí, en tu casa. Bajo anestesia local, le seccionaría los tendones flexores de los dedos implicados en la compresión, para liberar la tensión.

- Eso lo tengo yo que hablar tranquila con mi madre y mis hermanos.

- Por supuesto. Pensadlo y me lo decís.

Al salir del domicilio me dije “¿Pero en qué lío me estoy metiendo? Bueno, no creo que digan que sí”, y a la semana me dijeron que sí, que para adelante.

Por si decían que sí, fui pensando el material que iba a necesitar, y la manera de abordarlo, pero me haría falta ayuda.

Estaba trabajando entonces en Gerena un médico joven, rubito, guapete, buena persona, muy buen clínico y sin miedo al bisturí. Hoy ha pasado a mejor vida. Está de director médico en nuestro Distrito.

- Ismael, tenemos que hacer un trabajo un tanto peculiar, y lo tenemos que hacer los dos – y le conté el caso.

- No me parece un disparate, pero lo vamos a consultar con un compañero traumatólogo.

A los dos o tres días me comenta:

- Carlos, dice mi compañero que si el paciente está como está y la mano ya no es operativa, el seccionarle los flexores no provoca ningún conflicto clínico, ético o moral, pero hay que hacerlo con las correspondientes medidas de asepsia y esterilización.

A los dos días, habiendo estudiado concienzudamente la operación que íbamos a hacer y cómo llevarla a cabo, estábamos interviniendo al paciente en su cama, en el salón de su casa, y la hija haciendo un reportaje fotográfico, ya que pensábamos publicar el caso.

A los 5 días de la intervención, la úlcera estaba cicatrizada. A los 8 días le retiré los puntos y el problema se solucionó.

-oOo-

Una paciente con 93 años, y que ha visto muy poco al médico (posiblemente por eso tiene 93 años), me comenta que se encuentra algo resfriada y que está pensando en dejar el tabaco, porque están diciendo en el televisor que fumar es malo para la salud.

-oOo-

El paciente llega nervioso, dolorido, con cara angustiada, quejándose y agarrándose los genitales. Le pregunto que qué le ocurre y me dice que le ha dado un ataque.

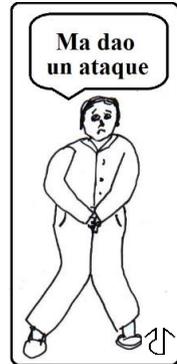
- ¿Un ataque de qué?

- ¡*Po* de que va a *sé*! ¡Un ataque!

- Pero ¿de qué es el ataque, hombre?, explíquese mejor.

- ¡*Po* no lo ves! ¡Un ataque de no poder mear!

El médico le diagnosticó un cólico nefrítico.



-oOo-

Primeros días de julio a la una de la tarde. Calor sofocante. Nos llaman del 061 para que nos acerquemos a ver a un señor que se ha caído desvanecido al suelo mientras trabajaba en el campo. Nos dicen que la ambulancia se pasará a recogerlos y que el conductor ya sabe dónde es.

Llega la ambulancia, sin aire acondicionado, por cierto. Cargamos el material de emergencias y salimos con la sirena puesta y a toda velocidad. Le preguntamos al conductor que hacia dónde íbamos y nos dice que vamos al camino de arena que hay antes de llegar a la mina de Aznalcóllar. Le pregunto si él conoce el camino y que si está antes de llegar a la mina yendo desde Gerena o yendo por Aznalcóllar (la mina está a medio camino entre Gerena y Aznalcóllar, aunque en término de Aznalcóllar y le corresponde al equipo sanitario de Aznalcóllar), y dice que no tiene ni idea. Le hago la observación de que, en el campo, todos los caminos son de arena. A toda velocidad, por la carretera, se pone a llamar por teléfono para recabar más datos. No le dicen nada nuevo. Empezamos a preocuparnos. Desde Gerena llegamos hasta Aznalcóllar,

pasando por la mina y comprobamos que todos los caminos son de arena y en ninguno había nadie esperándonos.

De regreso de Aznalcóllar a la mina, el conductor, sin atender nuestro requerimiento de que condujera más despacio, de nuevo empieza a llamar por teléfono y le dicen que esperemos en el camino que hay antes de la mina, que vendrán a recogernos. El conductor discutía sobre qué camino. Que en el campo todos los caminos son de tierra y que a la mina se llega por varios sitios. Son las 13:30 h.

El conductor, que nunca había dado señales de ser una persona resolutiva, ese día estaba intentando solventar el incidente él sólo y a toda velocidad. No nos dejaba el teléfono para que el médico o yo hiciésemos las gestiones.

Al final decide pararse junto al camino más ancho que encontré y llamó al 061 para pedir que viniesen a recogernos alguien que supiese donde estaba el paciente.

Al cuarto de hora, es decir, las 13:45 del mediodía, sin aire acondicionado y con un sol de justicia, vemos venir dando botes, a lo lejos, por medio del campo, un todoterreno, que sale por un camino que tenía una cancela que estaba cerrada con un candado. Nos abre y nos dice que le sigamos.

El todoterreno va rapidísimo y nuestro conductor no se queda corto. Por medio del campo, tragando polvo, dando botes y la sirena puesta. No atiende a nuestros requerimientos de que, por lo menos, quite la sirena. Se ve que este día estaba dispuesto.

Tras 7 u 8 minutos de travesía infernal, llegamos a un ensanche del camino donde un grupo de campesinos nos esperaban. No había sombra por ningún sitio. Nos indican que el paciente lo han tumbado en el asiento trasero de un todoterreno, que tampoco tenía aire acondicionado. Son las 14:00 h. y el calor era sofocante. Nos acercamos el médico y yo y vemos a un señor obeso, abotargado, con los labios cianóticos y sin reflejo pupilar. No se le palpa pulso ni movimiento torácico de respiración.

La gente, que no se explica por qué habíamos tardado más de una hora en llegar, nos rodea con expectación esperando que hiciéramos algo

por su compañero, que a todas luces había fallecido hacía un rato.

Para que la tensión no fuese a más, le pedimos a los labradores que bajasen al compañero al suelo para poderle hacer un electro y realizar una descarga (en esa fecha estaba indicado realizar hasta tres descargas en asistolia). El paciente tenía signos de haber fallecido posiblemente cuando llamaron, porque cayó fulminante al suelo y dejó de respirar inmediatamente, según nos contaron los testigos.

El conductor estaba empeñado en ayudarnos. No hacía más que ir y venir a la ambulancia y preguntarnos que si bajaba la camilla, que si sacaba los sueros, que si sacaba el oxígeno...

Una vez que el paciente estaba en el suelo, empezamos maniobras de RCP básicas antes de llamar al juzgado.

Estando con el paciente en estos menesteres, en medio del camino, sin sombra, con el sol rompiéndose en pedazos sobre nuestras cabezas, a más de 42 grados centígrados, sin agua, después de más de una hora de estrés, vapuleados dentro de la ambulancia, con la sirena puesta y rodeados de campesinos tensos por la situación, se me acerca el conductor y me dice:

- Don Carlos, ¿le traigo el *Ambipur*? (*Ambipur* es la marca comercial de un ambientador. Se refería al ambú).

Don Antonio Castellanos no se enteró, menos mal. Yo estuve el resto de tiempo que permanecemos en el lugar mordiéndome el labio y evitando mirar al conductor, para no dar la nota.

-oOo-

Entra una señora al servicio de urgencias y me pregunta por el médico. Cuando llamo a la médica de guardia me dice la señora:

- ¿El médico que es, una mujer?

Dio media vuelta y se marchó sin decir nada más.

Al rato grande vuelve de nuevo y le digo que sigue la misma médica de guardia. Ella hizo lo mismo que antes. Dio media vuelta y se marchó.

Tras otro rato grande, vuelve a entrar y esta vez sí espera para ver a la médica y explicarle el problema:

-Mires usted. Yo estaba con mi pareja manteniendo relaciones y he observado que tenía unos bichitos por los vellos de la entrepierna. Le he echado orión (una marca de insecticida) y aquello que estaba tan hermoso se ha caído y no se levanta.

Convencemos al señor para que entre, y con toda la precaución y reserva por si quedaban ladillas vivas, pudimos observar que tenía una extensa quemadura en toda la zona genital.

-oOo-

La paciente empieza a tener contracciones de parto y el marido le pide al taxista del pueblo que los lleve al hospital. Las contracciones cada vez eran más fuertes y próximas en el tiempo. El marido cada vez más nervioso. Llegando a Sevilla, la señora, que iba muy inquieta, le comenta al marido:

- Manuel, cero que he roto aguas.

A lo que el marido le contesta:

-No te preocupes tú ahora si has roto algo. Ya ajustaré yo cuentas con Sebastián cuando llegemos al pueblo.

El taxista el pide al marido que saque un pañuelo blanco por la ventanilla y acelera todo lo que le permite el tráfico.

En el camino al hospital, un guardia le obliga a dar un rodeo porque estaban asfaltando la calle. Sebastián, el taxista, le explica al guardia lo que ocurre, pero éste se mantiene en sus trece. Los operarios, por detrás del guardia, le hacen señas para que pasasen. Sebastián le dice al guardia:

-Apártese que voy a pasar, quiera usted o no quiera.

El guardia dice que no, pero Sebastián acelera y pasa por el alquitrán recién extendido. El policía se monta en la moto para perseguirle y denunciarle, pero los operarios, haciendo como que aplanaban el alquitrán con unos rastrillos, le impidieron el paso.

A la llegar al hospital, Sebastián no se llegó a bajar del coche, y en



cuanto bajó la señora se despidió diciéndole al marido:

-Ya nos veremos en el pueblo cuando estéis de alta.

Y salió zumbando antes de que llegara el policía. Al día siguiente se acercó a darles las gracias a los operarios.

-oOo-

En la sala de espera del hospital, una señora grande y obesa está protestando del tiempo que lleva esperando. Todos los pacientes que están allí han llegado antes que ella, pero es la única que se queja y alborota.

Se acerca el médico residente que le había atendido a la llegada y le pregunta qué le pasa.

- ¿Que qué me pasa? ¡que a ver cuándo viene el cirujano máximo espacial! (el cirujano maxilofacial)

-oOo-

Hacía más de un año que no veía a Amparo. Es una señora afable, muy cariñosa con todo el mundo, con 80 años, pero está perdiendo la memoria. Hoy la he visto al visitar a su hija para curarle una herida. Está adormecida en un sillón. La saludo y me pregunta que quién soy.

- Soy Carlos, el practicante.

- Sí. Aquí había un practicante que se llamaba Carlos.

- Amparo, Carlos el practicante soy yo.

- Era muy buen practicante. A mí me curó muchas veces.

La hija, desesperada, interviene, y voz en grito le dice:

- ¡MAMA, COÑO, que este es Carlos!

La madre sin inmutarse me dice:

- Ay, hijo, es que no te había conocido.

Mientras curo a la hija, ella está sentada a mi espalda, y de buenas a primeras dice la hija:

- ¡MAMA, COÑO! ¡ESTATE QUIETA!

Cuando miro, está con la falda remangada y el pañal al aire, guardándose algo en la entrepierna.

-Le ha dado por guardarse el pañuelo en el coño, ¿tú has visto algo semejante? - me dice la hija.

-Amparo, por favor, bájate la falda que te vas a resfriar -le contesto en tono irónico-

-Mira niña, guardarse el pañuelo en el coño no es malo. Además, Carlos no se va a asustar de nada, porque el pañuelo está limpio.

Y sacándoselo de la entrepierna me lo pone delante de la cara y me dice:

- Mira, el pañuelo es limpio, huélelo.

De un tirón le quitó la hija el pañuelo y tal como lo cogió, lo tiró a la bolsa de la basura.

Prosigo con la cura y Amparo, que está sentada a mi espalda, me dice:

-Carlos, mándame algo para los oídos, que me duelen desde hace diez días.

-Madre, no empieces otra vez, que la médica te los ha mirado y no tienes nada, por eso no te ha mandado nada. Mira Carlos, me tiene desesperada con los oídos. Ayer se untó yogur y antes de ayer se echó café con leche.



-Niña, ¿tú qué quieres?, algo me tendré que echar.

-oOo-

La paciente está en posición fetal lateral en la camilla, junto a la pared, mirando para ella.

El médico está apoyado sobre la pared con su mano izquierda mientras con la derecha le realiza un tacto rectal.

El médico residente que le acompaña adopta la misma postura, pero en simetría, apoyando en la pared su mano derecha.

La señora, que estaba con los ojos cerrados, los abre un momento y, viendo dos manos apoyadas en la pared, sobresaltada preguntó:

- ¿Qué está usted haciendo?

-oOo-

La paciente está en posición fetal lateral en la camilla, junto a la pared, mirando para ella.

El médico está apoyado sobre la pared con su mano izquierda

mientras con la derecha le realiza un tacto rectal.

El médico residente que le acompaña adopta la misma postura, pero en simetría, apoyando en la pared su mano derecha.

La señora, que estaba con los ojos cerrados, los abre un momento y, viendo dos manos apoyadas en la pared, sobresaltada preguntó:

- ¿Qué está usted haciendo?

-oOo-

La paciente, a sus treinta años había ido poco al médico. En realidad, había ido poco a cualquier sitio, porque no había salido del pueblo. Esta era la primera vez que iba al ginecólogo y a Sevilla.

Estaba nerviosa, azorada, inquieta, con una sensación de vergüenza exacerbada.

Tras rellenar el médico la historia, se levanta y pasa con la paciente a la sala de exploración.

Inclinado sobre una mesita auxiliar, dándole la espalda a la señora mientras escribía en la historia clínica (entonces eran de papel), el médico le dice a la paciente:

-Súbase al potro.

Y tras coger impulso, de un salto, limpiamente, como lo más natural del mundo, se montó a cuestras en la espalda del médico.



-oOo-

A las 2:00 de la madrugada, la madre llega con el niño en brazos al servicio de urgencias del consultorio y le dice al celador que el niño lleva toda la noche llorando.

-Señora, el niño está callado.

-Se ha callado ahora mismo, al tiempo de llegar.

Pasa la madre con el niño a la consulta del médico, que lo explora y no advierte nada anómalo. El niño está callado, dormido, por lo que el médico le dice que puede marcharse tranquila.

Sobre las 4:00 vuelve de nuevo diciendo que desde que salió está llorando.

Vuelve a reconocerlo el médico y el niño sigue dormido y callado. El médico le dice que no se preocupe y que se puede ir tranquila.

Sobre las 6:00 vuelve de nuevo con lo mismo, con que el niño no se calla, pero en ese momento está callado.

Sale el médico y le dice:

-Señora, siéntese en la sala de espera, y cuando el niño empiece a llorar lo miraremos otra vez.

Tras algo más de un cuarto de hora, el niño seguía callado, y el celador observaba un movimiento extraño de la madre, que no llegó a identificar.

Pasa el tiempo y el niño seguía dormido y el celador se da cuenta de que la madre, cansada de estar allí, estaba pellizcando al niño.

- ¡Qué!, ¿no llora?

La señora se levantó y se marchó sin tan siquiera dar las buenas noches.

-oOo-

La señora llega con leves signos de asfixia.

- ¿Qué le ocurre?

- Que me he *entupío*.

El médico, sin saber qué significaba aquello, con cara dubitativa le sigue la corriente.

- ¿Y cómo ha sido?

- Comiendo pollo.

- ¿Y le molesta?

- Hombre, pues claro. Si no, no habría venido.

- ¿Y cuándo le molesta? ¿al tragar?

- Pues claro, no ve que me he *entupío*.

- Señora, lo siento, pero yo no sé lo que usted me quiere decir, yo no sé lo que es *entupío*.

- ¡Coño! ¿Dónde ha estudiado usted? Le estoy diciendo que tengo un cacho de pollo en el *tragaero*.

En efecto, en el hospital, el endoscopista le sacó un trozo de pollo atorado en el esófago.

-oOo-

El abuelo va a urgencias por un episodio melánico. Para realizarle el tacto rectal, debido a sus patologías osteomusculares, el médico decide situar al paciente de pie, apoyado e inclinado ligeramente sobre una mesa.

En el transcurso de la exploración, se le oye al paciente decirle a su acompañante, su hijo, en voz baja y entrecortada:

- Que... me... corro, que... me... corro.

- ¿Qué dice usted, padre?

- Que me estoy corriendo.

- ¿Qué ocurre? - interviene el médico-

- Dice mi padre que se está corriendo -contesta el hijo con la cara roja, como de vergüenza-

- ¿Qué pasa, José? - pregunta el médico sacando inmediatamente el dedo.

-Pues qué va a pasar..., que cada vez que aprieta usted para dentro, como tengo las manos húmedas, se me resbalan en la mesa y me corro hacia delante. Me voy a caer de boca.



-oOo-

El paciente llega muy ahogado a urgencias.

- ¿Qué le ocurre?

- Mire, vengo que me obligan.

- Pues mire, aquí a la fuerza no atendemos a nadie.

- ¿Pero no ve usted que me obligan?

- ¿Y quién le obliga? ¿Su acompañante?

- ¿Qué dice usted, doctor?

- ¿Que si viene usted forzado por su acompañante?

- Que no, que me obligan.

Interviene el acompañante y explica que lo que le ocurre es que se asfixia. En efecto, el paciente se encontraba disneico.

-oOo-

La señora entra en quirófano para una intervención reglada de

hernia umbilical. Era muy alta y muy obesa, pero, sobre todo, tenía unos pechos inmensos.

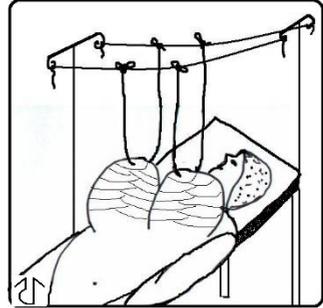
Cuando la intuban, comprueban que la presión del respirador necesaria para expandir el tórax, debido al peso de las mamas, es tan alta, que existe el peligro de roturas alveolares.

El cirujano sale para hablar con el esposo y le cuenta el problema, aportándole una solución:

- Mire usted, a su señora, antes de intervenirla de la hernia, sería conveniente realizarle una reducción mamaria.

- ¡A mi mujer no se le quita ni un gramo de los pechos!

Como quiera que la señora estaba ya anestesiada, hubo que buscar una solución: vendaron las mamas y engancharon las vendas en unos palos de suero.



-oOo-

Llega un señor diciendo que trae un *recarmon* en la *corcuvilla*.

- ¿Puede usted explicarse un poco mejor?

- Caramba, pues está bien claro. Iba andando, me he resbalado y me he dado un *recarmón* en la *corcuvilla*.

- Señálese usted si le duele en algún sitio -le dice el médico sin comprender que le quería decir-

El paciente se señala el coxis y llegamos a la conclusión de que se había caído de culo y se había golpeado el coxis. El paciente dice que esta expresión es muy corriente en Granada.

-oOo-

Son las dos y media de la madrugada. Hasta entonces la guardia estaba tranquila, pero suena el timbre. El dueño de la discoteca del pueblo y otra persona traen a un señor que no se tiene en pie. Está inconsciente.

-Lleva bebiendo toda la noche, a base de cubatas, wiski, ron... y metiéndose con la gente. Hoy tenemos un espectáculo de hipnotismo y se puso en primera fila a decirle tonterías a los que estaban hipnotizados,

hasta que uno de ellos se cansó, se acercó al filo del escenario y le dio un puñetazo, lo tiró de espalda y lo hemos traído porque no responde.

- ¿Sabéis quién es?

- No tenemos ni idea. Es forastero.

Lo tendemos en la camilla y las constantes son normales, pero el individuo no responde a estímulos ni verbales ni dolorosos.

Buscamos en los bolsillos la documentación. Es vecino de Aznalcóllar. Llamamos a su casa. Una voz iracunda nos contesta:

*- ¡¿Otra ve?! ¡Po que le den por culo. Jhacé con é lo que les dé la gana!*

Y colgó.

A los quince o veinte minutos de tenerle en observación, el paciente realiza esfuerzos para intentar levantarse, con tanta fuerza que no podíamos sujetarle para evitar que se cayera. Manotea, patalea y no hay forma de acercarse sin que te dé un golpe. No habla ni hace ningún sonido.

Le dejamos hacer y consigue sentarse en la camilla, pero se cae hacia todos lados hasta que se estabiliza de la postura más incómoda posible. Está sentado en el filo de la camilla con la cabeza apoyada en un taburete metálico.

Lleva una hora y pico sin moverse de esa postura y sin articular palabra.

Llamamos de nuevo por teléfono y otro familiar nos comenta que, por favor, que no lo mandemos al hospital, que vendrán a recogerle.

Aznalcóllar está a 12 kilómetros de Gerena y tardaron en venir casi otra hora.

Ya estábamos un poco cansados de la situación. El paciente sigue en la misma posición y mudo a pesar de las múltiples preguntas que le realizábamos.

Cuando llegan los familiares, se pone en pie y por primera vez en la noche habla, dirigiéndose a mí:

- ¿Cómo se llama usted?

-Hombre, por fin ha hablado. Me llamo Carlos

-Calos, ¿me da usted un besito antes de irme?

-oOo-

Suena el teléfono. No está el celador. Lo cojo.

- ¿Dígame?

-Que venga el médico, que mi padre se ha puesto *mu* malo.

Y cuelga. El teléfono (hablo de 1995) no tiene pantalla que identifique el número entrante.

A los 10 minutos vuelve a sonar el teléfono. Lo vuelvo a coger.

- ¿Dígame?

- ¡¿Cuándo va a llegar el médico, que mi padre está cada vez peor?! - contesta hecho un basilisco-

-Pero ¿a dónde hay que ir?

- ¡A casa de mi padre! ¡A mi casa no! -Y cuelga-

En los pueblos pequeños nos conocemos todos, pero fui incapaz de reconocer la voz. No sabíamos a dónde ir.

A los 10 minutos se oye un frenazo en la puerta del consultorio. Se baja un señor hecho una furia y la emprende a voces con el celador que ya estaba al tanto del caso y le intentaba explicar que no había dado la dirección. Yo ayudé al padre a bajarse del coche. Tenía un cólico nefrítico.

-oOo-

Antonio tenía 60 años y un problema de próstata. Su médico de cabecera le remite al urólogo y le explica que le tendrán que hacer un tacto rectal.

Él no estaba muy conforme con esa exploración, pero al final fue al especialista.

- Siéntese, Antonio. Cuénteme. ¿Qué le pasa? ... ¡Antonio, cuénteme! -Antonio estaba absorto mirando hacia la mesa-

- ¡Antonio!

- ¿Eh? ¡Ah!, perdone. Estaba mirando sus manos. ¿Ese pedazo de dedo me tiene usted que meter por el culo?

Costó trabajo convencerle, pero al final accedió.

-oOo-

Son las 12:00 de la noche. La guardia estaba siendo tranquila.

Nos llama la guardia civil:

-Por favor, vengan a tal dirección, que un loco tiene amenazado a su familia con un cuchillo de cocina.

- ¿Y qué queréis que hagamos? Lo tendréis que reducir vosotros para que podamos actuar nosotros.

- Sí, pero por favor, venid por si hay algún herido.

Nos presentamos en el barrio y vemos a tres policías locales y dos guardias civiles que estaban concretando el asalto.

- Desde la azotea de la casa del vecino se ve el patio y una puerta abierta. Subimos a ella y sin hacer ruido nos descolgamos hasta el patio aprovechando la oscuridad. Cuando estemos todos abajo, entramos por sorpresa y le reducimos. Después entran los sanitarios por la puerta de la calle.

- De acuerdo. Nos mantendremos algo retirado hasta que nos aviséis para que no sospeche nada del asalto.

Nos mantuvimos a unos 50 metros de la casa y ellos entraron con sigilo en la del vecino.

A los cinco minutos, en el silencio de la noche, se oyen ruidos de latas rodando, de madera rota... y un par de ¡ay! apagados.

-Ya han reducido al paciente - nos dijimos - Vámonos para la puerta.

Van pasando los minutos interminablemente y la puerta no se abre. Al cabo de unos diez o quince minutos un guardia nos abre la puerta de la calle y entramos nosotros en acción, con el paciente ya reducido. Le trasladamos a psiquiatría. Dos agentes tenían rasguños sin importancia.

Al día siguiente, uno de los policías nos explica.

- Cuando subimos a la azotea la tensión era máxima. La noche era oscura y la vida de unos ciudadanos dependía de nosotros. Al llegar arriba, uno de nosotros tropezó con unos cubos de zinc y unas macetas y otro, al intentar auxiliarle, se enredó con el palo del tendedero y la ropa tendida, cayendo al suelo y alarmando al paciente. Para que no nos viese,



nos ocultamos tras el tabiquillo que hace de baranda de la azotea que separa las dos casas. El paciente, al oír la escandalera salió al patio con dos cuchillos de grandes dimensiones en las manos. Estábamos en cuclillas y yo era el primero de la fila, pero me puse el último. Cuando me vine a dar cuenta estaba otra vez el primero. La estrategia había fallado. Nos mantuvimos en silencio. Entró y cerró la puerta. Al final decidimos dar golpes en la pared para llamar su atención y, si salía, arrojarle encima toda la ropa que el vecino tenía en la azotea mientras saltábamos para reducirle. Esta vez la estrategia funcionó.

-oOo-

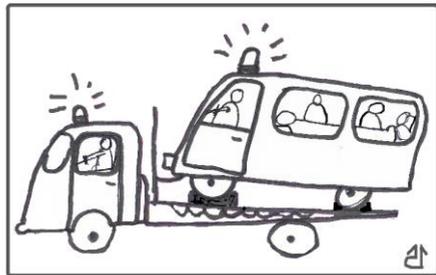
En el traslado de un paciente, la ambulancia se estropea. Se avisa a otra ambulancia y a la grúa. El paciente iba acompañado por el médico y la enfermera, y estaba estabilizado.

Llega la grúa.

La otra ambulancia tarda en llegar.

Pasa el tiempo y no llega. Todos empiezan a ponerse un poco nerviosos.

El de la grúa que no puede esperar tanto. El personal sanitario que hay que llegar al hospital lo antes posible. El centro coordinador que hace un rato que se dio el orden a otra ambulancia...



En vista de la situación, se decide tomar por la calle de en medio. Se montó la ambulancia en la grúa con el herido y el personal sanitario y en la grúa llegaron al hospital.

-oOo-

A las 3:00 de la madrugada del domingo, en la sala de espera de urgencias del Equipo Quirúrgico había lo de costumbre: borrachos, heridos de peleas discotequeras y una chica con una crisis de ansiedad porque la había dejado el novio.

Llega un señor de unos ochenta y tantos años, con cara de afligido. Parecía estar agotado físicamente. Le acompañaba la policía,

algo que en ese centro era frecuente, ya que se atendían a indigentes, extranjeros, ancianos que se han perdido, además de delincuentes para ser reconocidos antes de ingresar en los calabozos.

La celadora de puerta, al ver su aspecto de persona fatigada, se preocupa por el tiempo que va a tener que esperar el anciano y habla con los médicos que estaban dentro de las consultas para ver si le atendían lo antes posible.

En efecto, deciden pasar al abuelo.

Cuando se marchaba, la médica que lo atendió le dice a la celadora de puerta:

- ¿Sabes lo que tenía el abuelo? Acaba de matar a puñaladas a su esposa.

-oOo-

A la sala de curas entra una señora de unos 45 años.

-Buenas. Venía para quitarme unos puntos de la barriga.

- ¿De qué son los puntos?

- De alambre.

- Me refiero que de qué le han operado.

- ¡Ah! Que me han quitado los cacharros.

- ¿Los cacharros? ¿Qué son los cacharros?

- Niño, ¿qué va a ser? Que me han dejado hueca.

- A ver, por favor, déjeme el informe de alta: “Paciente intervenida de histerectomía radical, etc., etc., etc.

-oOo-

Mediados de noviembre, 13:00 de la tarde. Lluve. Llama el 061 para que nos acerquemos a valorar un accidente de tráfico ocurrido dentro de una finca a unos 20 minutos del pueblo, en una zona escarpada.

El conductor intenta ir de prisa, pero con el barro de los caminos la ambulancia culea. Posiblemente le ha ocurrido lo mismo al coche siniestrado.

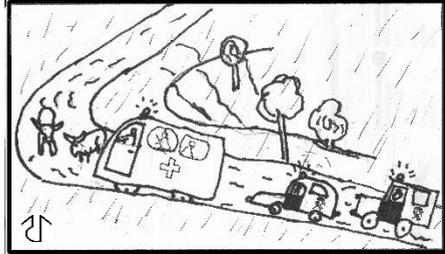
Sigue lloviendo, sin mucha intensidad, pero lloviendo, al fin y al cabo. Llegamos al lugar: un coche se ha salido del camino y está volcado varios metros más abajo. Hay dos heridos atrapados. Uno grave.

Llegan los bomberos, la guardia civil en un Renault 4 y una ambulancia del 061 que carga al herido más grave y se marcha hacia el hospital por otro camino que les cogía más cerca.

Llega otra pareja de la guardia civil en un todoterreno.

Nosotros cargamos al herido leve hacia nuestro centro. El camino se había puesto impracticable con el paso de tanto vehículo pesado.

Seguía lloviendo. Camino de tierra. Camino estrecho. A la salida de una curva cuesta arriba, se para la ambulancia. El conductor nos dice que hay dos toros atravesados en el camino. Son dos toros grandes, muy grandes. Y negros, muy negros. Ambos mirando la ambulancia.



El conductor les intenta espantar con el claxon y la sirena, pero ni se inmutan.

Sigue lloviendo.

No nos atrevemos a salir. Llamamos al 061, que se pone en contacto con la guardia civil.

Llega la pareja del Renault 4. Se paran detrás de nosotros. Se baja un guardia y nos dice:

-No preocuparse, que son mansos.

Avanza hacia ellos e intenta espantarlos levantando los brazos y dándole voces.

Uno de los toros se le arranca y el guardia corre hacia su vehículo.

El toro, que le sigue, empieza a cornear el coche hasta que consigue tirarlo, con los dos guardias dentro, por el barranco.

¡Cualquiera salía ahora con un toro por delante, otro por detrás y después de ver lo visto!

Llega el todoterreno de la guardia civil y, a voces, le explicamos lo ocurrido.

Deciden atropellar con su coche al toro, que al sentirse golpeado sale corriendo.

Los guardias nos adelantan como pueden, porque el camino es

estrecho y resbaladizo por la lluvia. Realizan la misma operación con el otro toro y se queda el camino libre.

Rescatamos a los dos guardias y los metemos en la ambulancia para curarle las heridas.

El conductor mete primera y la ambulancia patina. Con el peso se han enterrado las ruedas casi hasta el eje.

Sigue lloviendo.

La pareja del todoterreno nos tira una cuerda y poco a poco conseguimos salir.

A las 18:00 de la tarde llegamos a casa, empapados y muertos de frío.

-oOo-

La tarde estaba siendo tranquila. Excesivamente tranquila.

Estábamos de guardia una médica titular, una médica residente y yo.

Me pregunta la residente:

- ¿Siempre son así de tranquila las guardias?

- En absoluto. Además, esta situación me tiene preocupado.

- ¿Por qué?

- Porque las estadísticas son muy puñeteras, y al final de la guardia siempre terminamos viendo a un montón de pacientes, y hoy, a las 22:00 de la noche solo hemos visto 4 -le comenté en broma-.

La residente se empezó a reír.

Aquella noche, desde las 2:00 a las 7:00 de la madrugada atendimos a 8 pacientes. Algo tan inusual como lo de la tarde. Es lo que tienen las matemáticas.

-oOo-

-Don Carlos, le traigo esta carta del especialista, que me acaban de hacer la prueba de la lejía.

-Matilde, ¿qué prueba es esa?

- ¡La de la lejía! ¿Cuál va a ser? Que no me puedo poner las *indiciones* de *penecilina*, porque me roncho.

-Matilde, eso es la prueba de la alergia. En efecto, eres alérgica a la penicilina y las ronchas te saldrán con las inyecciones y con las pastillas.

-oOo-

Alicia, una de nuestra administrativa, era muy chuchona. Patatas, gusanitos, avellanas, chocolate... todas las chulerías le gustaban. Y todas le sentaban muy bien. Además, no le engordaban.

Su hora de entrada era a las 8:00 de la mañana, a la hora que sale el equipo de guardia.

Su primera visita era al frigorífico, por si ha quedado algún postre retrasado, evitar que caducase.

Hoy ha llegado, se ha sentado con nosotros, que estábamos desayunando y ha comentado:

- ¡Fu!, que mala vengo hoy.

La médica, que se estaba desayunando una palmera grande de chocolate le ofrece un trozo. La mira. Duda. La vuelve a mirar. Vuelve a dudar. Al final responde:

-No, gracias. Fíjate si vengo mala que no se me apetece.

-oOo-

La señora era joven, de unos 30 años. Tenía 5 hijos. Todos los días estaba en el consultorio, pero por banalidades.

Hoy llega con el niño chico en brazos. No está el médico y le pregunto:

- ¿Qué te pasa hoy?

- El niño, que tiene fiebre.

- ¿Le has puesto el termómetro?

- Sí.

- ¿Cuánto tenía?

- Cincuenta y ocho.

- ¿Cuánto, que no me he enterado bien?

-Cuarenta y tres.

Me acerco al niño y le pongo la mano en la frente.

-Mira María, ni tú tienes termómetro ni el niño tiene fiebre. Tira para casa que va a coger el niño lo que no tiene.

Y se marchó.

-oOo-

El paciente llevaba ya algún tiempo yendo a rehabilitación e iba teniendo confianza con su fisioterapeuta.

Mientras le trataban solían tener conversaciones triviales, pero ese día se atrevió a preguntar algo más personal:

-Vamos a ver, don Enrique, al que recoge cartones le llaman recogecartones, al que torea le llaman torero, el que vende pescado es el pescadero. ¿Usted por qué se llama *visioterapeuta*?

-oOo-

La única distracción de Asunción era ir al consultorio todos los días. Tenía algo más de ochenta años, pero estaba lúcida y según ella, comidita de dolores.

Algunas veces, el médico, para quitársela de en medio unos cuantos días, le mandaba la caja de antineuróticos que tuviera más viales inyectables. Mientras venía a la consulta de enfermería no iba a la del médico.

Siempre llegaba igual. Andar pausado, renqueando, dando los buenos días con habla lastimera.

Un día voy caminando por la acera y la veo delante de mí, caminando a buen paso y sin renquear. Me voy acercando cada vez más y oigo que va hablando sola, maldiciendo con genio a diestro y siniestro. Cuando la adelanto, la saludo y le pregunto:

- Asunción, ¿cómo va la cosa?

- ¡Ay, hijo!, la cosa está fatal. -me contesta con el habla lastimera y empezando a renquear-.

-oOo-

Estamos cenando cuando llega a urgencias un matrimonio joven con un niño de dos años en brazos.

-Buenas noches, ¿qué ocurre?

-Que vengo muy preocupada porque el niño tiene unos jipíos muy fuertes.

Me quedo mirando al niño y no veo ni oigo nada anormal. Les pido que se sienten un momento mientras aviso al médico.

-Rosario, ha llegado un matrimonio con un niño que tiene *jipíos*

muy fuertes.

- ¿*Jipíos* ...?

- Sí, sí. *Jipíos* muy fuertes.

- ¿Y eso que es?

- No tengo ni idea, pero vienen muy agobiados.

- Bueno, pues vamos a ver qué son los *jipíos*.

Tras reconocer al niño y hablar con los padres, llega a la conclusión de que eran estridores laríngeos.

-oOo-

La paciente entra en la consulta con signos de tener mucha prisa. Poco más o menos tira la cartilla con unos cartones encima de la mesa del médico. Ni buenos días ni nada.

-Que vengo para que me recete los girasoles.

-Tranquila, Encarna. No corras tanto. ¿Qué son los girasoles?

- ¡Coño, qué van a ser! El *mentolín* y el *maricón* (Ventolín y Pulmicor son dos preparados comerciales en aerosoles).

-oOo-

La señora tenía setenta y tantos años. Vestida de negro de arriba abajo, con pañuelo en la cabeza, también negro.

Llega a la consulta de enfermería para que le ponga un inyectable y al aplicar el algodón me doy cuenta de tres cosas: se le ha quedado una zona más blanquecina, el algodón estaba negro y tenía un quiste de consistencia calcárea del tamaño de medio ladrillo, consecuencia de inyecciones viejas enquistadas.

Busco una buena zona donde aplicar el inyectable y antes de marcharse le digo:

-Mañana, antes de venir, coja usted un paño, lo humedece en agua y se lo aplica haciendo círculos en la zona donde le tengo que poner la inyección. ¿Lo ha comprendido bien?

-Sí, no se preocupe.

Al día siguiente, en el otro glúteo ocurre lo mismo que el día anterior, y al marcharse le pregunto:

- ¿Hizo usted lo que le dije ayer?

- La verdad es que no, porque no le comprendí bien.  
- Mire, coja un paño, lo humedece y se refriega en la zona de la inyección.

- ¡Ah! Usted lo que quiere es que me lave.

- Exactamente.

-oOo-

- Don Salvador, yo sigo igual.

- Bueno, pues te voy a mandar otra caja de supositorios.

- No, mire usted, los supositorios me hacen un daño horroroso. Cada vez que me los pongo me hago sangre y me duele un montón y al expulsarlos me vuelve a hacer daño. Además, salen enteros.

- ¿Cómo que salen enteros?

- Enteritos. Yo lo aguanto un buen rato, que me duele un montón, y cuando no puedo más, salen igual que me los puse.

- Pero si los supositorios se derriten.

- Pues estos no. No se les borra ni el letrero.

- ¿Cómo que no se les borra el letrero? ¿Tu cómo te pones los supositorios?

- Pues arranco uno de la tira en la que viene, le doblo un poco el filito, que corta como una navaja barbera y me lo pongo.

- ¿Pero tú le quitas el papel de plata?

- ¡Ah!, ¿pero eso hay que quitárselo?

-oOo-

El paciente se quejaba del oído. Tenía razón para quejarse. Tenía una otitis tremenda. Apenas entraba la punta del otoscopio.

- Mira, Manuel, como tienes el problema del estómago, te voy a recetar unos antiinflamatorios en supositorios y vuelves dentro de un par de días.

- Lo que usted diga, don Antonio.

Al día siguiente...

- Don Antonio, esto a mí, con los supositorios, me duele mucho más. No hay manera de que entren y mientras más empujo, más me duele el oído.

- Pero Manuel, si los supositorios son blandos y entran muy suave. Si nada más cogerlo con los dedos se empiezan a derretir.

- Pues yo me llevo un rato con la cabeza de lado y eso no se derrite.

- ¿Con la cabeza de lado?

- Claro, para que no se me caiga el supositorio de la oreja.

-oOo-

Para el celador era su primer contrato. Su primera guardia.

La sala de estar del centro de salud estaba subiendo la escalera, en el primer piso, sin puerta. Se oía perfectamente si alguien entraba o salía.

En toda la tarde, el celador no se movió de frente de la puerta de la calle. No subió ni para tomar café.

Por la noche, se cerraba la puerta de la calle con llave y bajábamos cuando sonaba el timbre.

El celador estaba sentado en una silla, porque tenía quedarse dormido si se sentaba en un sillón o se tumbaba en el sofá.

A las dos de madrugada suena el timbre y antes de que terminara de sonar escuchamos una carrera tremenda escaleras abajo, pero más ligero venía para arriba gritando:

- ¡Don Carlos, Don Antonio, que ha llegado un tío con un navajazo en la barriga!

Los tres bajamos a la carrera y vemos a un señor mayor levemente encorvado, con las manos puestas sobre el ombligo, con gesto de dolor. Venía con un cólico nefrítico.

-oOo-

Sobre las 3 de la madrugada suena el timbre de la puerta de urgencias, un vecino de Gerena nos dice:

- Que vayáis a la carretera de Olivares que ha habido un accidente.

- ¿Qué ha pasado?

-Que se ha salido un coche de la carretera por la zona de la Torre Mocha.

El vecino era una persona formal, por lo que decidimos ir. Yo fui en la ambulancia y el médico se quedó en el centro de salud, por si traían a los heridos para el pueblo.

La noche era cerrada y fría. La carretera, estrecha y mal peraltada. Íbamos con el gálibo encendido y despacio, lo que nos permitía ver a ambos lados de la carretera, pero pasamos dos o tres kilómetros de la Torre Mocha y no veíamos nada. Tampoco nos cruzamos con ningún vehículo.

- ¿Será una broma? - me comenta el celador/conductor-.

-No, mira, allí se ve un coche en medio de aquel campo. Pero es raro que en la carretera no haya nadie parado ni que la guardia civil haya llegado. Quédate en la ambulancia, que me acercaré a ver.

El coche estaba sobre sus cuatro ruedas, en un sembrado, a unos 20 metros de la carretera.

Conforme me voy acercando, voy escuchando la radio, que estaba puesta. Veo a un señor reclinado en el asiento con los ojos cerrados. Golpeteo en el cristal de la ventanilla.

- ¡Buenas noches!

- ¿Eh, eh? ¡¿Qué pasa?!

- ¿Le ocurre algo?

Con el habla propia de quien se acaba de despertar me contesta:

- A mí no me pasa nada.

- Pero ¿qué hace usted aquí?

- Vengo de la discoteca de Gerena.

- ¿Se encuentra mareado? ¿Le sucede algo? Está usted fuera de la carretera. ¿Ha tenido un accidente?

- ¿Tú estás loco? Yo no he tenido ningún accidente.

- ¿Y qué hace el coche aquí, en medio del sembrado?

- ¿Qué pasa? ¿Está mal aparcado?

Anoté la matrícula del coche y me fui para la ambulancia. Paramos a un vehículo que venía de frente y nos dijo el conductor que el accidente era casi pegado a Olivares, que ya habían sacado a los heridos y habían abierto de nuevo al tráfico la carretera.

Por la matrícula, nos informó la guardia civil de que “nuestro

accidentado” era un individuo que tenía negocios algo raros.

-oOo-

Mi amigo y compañero Paco tuvo un episodio de melenas durante varios días, pero no dijo nada a nadie. Su esposa, Edu, lo veía cansado y pálido, pero él, que iba todos los días a trabajar al hospital, se negaba a ir como paciente. La razón era sencilla. No quería que le hiciesen un tacto rectal.

Al final, a regañadientes, no tuvo más remedio que ir.

Al llegar a urgencias le estuvo historiando una médica que era de corta estatura, finita y con manos y dedos acordes al cuerpo, lo cual le tranquilizó.

-Por lo menos tiene el dedo pequeño y finito – pensó-.

-Pase a la sala de exploración, se baja el pantalón y los calzoncillos hasta los muslos y se tiende en la camilla, que ahora voy yo para dentro - le comentó la médica-.

Tardó un poco en entrar, y lo hizo acompañada por el jefe de la guardia, que era un médico alto, fuerte, y según decía Paco, tenía cada dedo como un pepino.

Casi hubo que amarrarle para hacerle la exploración. Ahora ya es macho probado.

-oOo-

Madrid, Palacio de Congresos. La jornada matinal de la inauguración del congreso internacional fue muy densa: conferencias, comunicaciones, simposios, póster... Más de mil congresistas. En el programa no había prevista hora para tomar café a media mañana.

De 14:00 a 16:00 horas, almuerzo de trabajo en la 3ª planta del palacio de congresos.

Mi compañera Cristina y yo accedimos sobre las 14:30 y buscábamos a dos colegas de nuestra zona para almorzar con ellas.

Un salón inmenso. Muchísima gente de pie alrededor de mesas sin sillas. En cada punto cardinal una barra donde dispensaba bebidas y refrescos. Sobre las mesas había algunas bandejas que habían tenido canapés.

Localizamos a las compañeras sentadas en un lateral del salón, en unas sillas que había junto a la pared.

Se acerca el metre:

- Perdonen, las sillas no se pueden utilizar.

- ¿Acaso están rotas?

- No. El almuerzo es de pie.

- Perdone, pero estamos cansados y no vemos problema para usar las sillas.

- Hagan lo que quieran. Los camareros no pasarán por donde haya gente sentada.

- ¿Los camareros? ¿Qué camareros?

- Los que pasen con los canapés

- Pero ¿qué hay de comer? ¿esto no son los entrantes del almuerzo?

- No. Solo hay canapés. La mitad estaban puestos en las mesas y ahora pasarán los camareros con bandejas para repartir la otra mitad.

Los que llegaron primero al salón nos dijeron que en cada mesa habían puesto dos bandejas de canapés, por lo que dedujimos que el almuerzo iba a ser cortito.

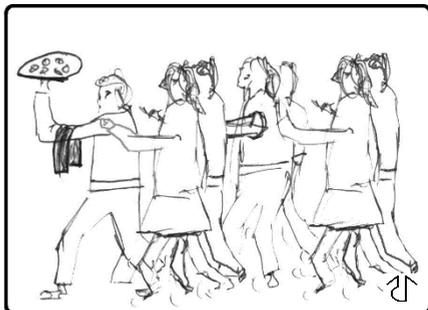
En efecto. Cuando salía un camarero con una bandeja de lo que fuese, se organizaba detrás una procesión de gente que intentaban coger lo que hubiese en la bandeja. Daba igual de que fuesen los canapés. El caso era llenar el estómago porque no nos daba tiempo de irnos a otro sitio a comer. Y, además, el almuerzo estaba pagado. Yo llegué a coger algo que no sabía si era animal o vegetal ni por la textura ni por el sabor (luego me dijeron que era salmón).

Estaba visto que para comer había que organizarse.

Mientras yo impedía el paso de un camarero, mi compañera, Cristina, se llenaba las manos de lo que hubiese.

Uno de los camareros le llegó a decir:

- Señorita, ¿quiere usted una fiambra?



-Perdone usted, pero la comida es escasa y en la mesa somos unos cuantos. Llevo para todos.

-Yo por eso he venido almorzado. Cuando he visto en la cocina lo que había y la gente que hay aquí, me he dado cuenta de que no hay ni para empezar- respondió el camarero-.

Llegábamos a quitarle los canapés de las manos a otros compañeros. Con uno de Cuenca llegamos hasta a hacer amistad a base de quitárnoslos unos a otros.

Llenamos el estómago a base de refrescos y cerveza.

- Vámonos a la cafetería a ver si hay algo de bollería o tostadas.

Lo decidimos al final y en la cafetería no se podía entrar de la gente que había.

En la puerta se me ocurrió decir en voz alta:

- A esta gente no hay quien las harten. Vienen de almorzar y siguen comiendo.

Se volvieron unos cuantos, riéndose de la ironía, pero otros me miraron serios y les dije en tono igual de serio:

- La mayoría de la gente se ha venido cuando se han acabado los canapés, y arriba han sobrado un montón de platos de sopa y de carne en salsa.

Yo pensé que algunos se irían para arriba, pero viendo la cara de necesidad que teníamos los que íbamos llegando, nadie se movió.

El resto de las comidas previstas digamos que transcurrieron sin problema. La mitad de la gente se iba a comer fuera y los canapés fueron más numerosos, pero las pocas sillas que había en el salón las habían quitado de en medio.

Por cierto, la cena de clausura fue magnífica. Aunque pusieron canapés, después hubo un magnífico menú sentados en la mesa, copas y baile hasta bien entrada la madrugada.

-oOo-

Manuel era brutísimo. Trabajaba de albañil y un ladrillo le había golpeado en la cabeza. Venía sangrando y maldiciendo todo lo maldecible. Entra en la sala de curas y le atiende el compañero que en ese

momento estaba de urgencias. Yo entré detrás de él por si tenía que ayudar.

El compañero, mientras se ponía los guantes, le cuestiona:

- ¿Qué ha pasado, Manuel?

- Que un ladrillo se ha caído y me ha dado en la cabeza -Todo esto dicho entre improperios al ladrillo y a todo lo que se le ocurría-

- ¿Has perdido el conocimiento...?

¡Manuel! ¿Has perdido el conocimiento?

- ¡Manuel!, que dice mi compañero que si has perdido el conocimiento. - intervine yo-

- ¿El conocimiento? ¿Yo he tenido eso alguna vez?

-oOo-



Yo estaba recién llegado a Gerena. Entonces, las guardias eran localizadas, es decir, podíamos estar donde quisiéramos, pero localizados. Yo, cuando estaba de guardia, solía estar en casa. Si salía, ponía un papelito pagado en la puerta diciendo donde iba a estar.

Una mañana, llega a la consulta una mujer, de muy malos modos:

- ¡Oiga, ¿usted dónde estaba ayer por la tarde?!

- ¿Cómo?

- ¡Sí, sí! ¡¿Dónde estaba?! ¡Qué le mandó don Antonio unas inyecciones a mi *marío* ayer tarde, y no se la pudo poner! Le estuve buscando en el bar de la Visi, en el Meta, en la Rociana, en el Rubio, en la Cantina... y usted no aparecía *por el mundo Dios*. ¡Le voy a denunciar!

- Señora, ¿fue usted a mi casa?

- ¿Cómo?

- Que si fue usted a mi casa, que es donde tenía que haber ido. Yo ni paro en los bares ni trabajo con Antonio Pinguilla ni con los Palomitas. Ahora soy yo quien la va a denunciar por amenazas.

La señora se marchó y el marido nunca se puso las inyecciones.

-oOo-

Antonia, con 91 años, falleció tras una semana de agonía. Su

médico de cabecera certificó la defunción a primeras horas de la mañana. Era verano y la funeraria no tardó en traer una caja de las que, mediante un cristal, permiten ver la cara del difunto. Por la tarde, acude al velatorio, que era en la casa, un familiar médico y comenta:

- Me parece que está viva, porque el cristal está empañado. Puede que esté respirando.

-Niño, pues abres la caja y la reconoces.

- ¿Yo? ¡En eso estoy yo pensando! Llamad a su médico.

Y dicho esto, se marchó de la casa.

Los familiares, llamaron al médico, que se acercó muy extrañado.

- ¿Qué pasa?

- Que ha dicho el primo, que es médico, que está viva.

- Miren ustedes, está muerta y bien muerta.

- El primo ha dicho que no. Y ha dicho que tiene usted que abrir la caja.

- Pero... ¿cómo voy yo a hacer eso, si lleva muerta más de 12 horas? ¿Dónde está el primo?

- Se ha ido. Dice que es usted quien tiene que abrir la caja y reconocerla de nuevo.

El ambiente era tan tenso que el médico accedió a reconocerla si alguien le abría el ataúd, a lo que accedió un familiar, pero al abrir la caja, fue tan grande la oleada de olor que salió, que todos los presentes dieron por válido que Antonia estaba muerta.

El resto del velatorio se realizó en el patio de la casa y en la puerta de la calle, porque en la casa no había quien parara del tufo.

El primo médico, por supuesto, no apareció.

-oOo-

- Manuel, tienes 160 de azúcar. ¿Estás en ayunas?

- Sí, don Carlos. No he desayunado ni me he tomado las pastillas. Solo he tomado una copita de coñac, porque algo hay que echarle al estómago.

-oOo-

Acabo de curar a Manuel y mientras introduzco los datos en el ordenador, me pide un par de paquitos de gasas para curarse en casa.

Manuel es diabético y tiene afectada la retina.

Le digo que los coja de la bombona del carro de curas y en vez de coger el paquete de gasas pequeñas, coge unos paquetes de gasas alargados y más grandes, los que él veía mejor, pero al darse cuenta de que eran muy grandes me dice.

- Quillo, don Carlos, esto no son gasas, esto son compuertas.

- ¿Compuertas?

- Sí. De las que usan las mujeres “par” mes.

-oOo-

Llega a casa una vecina, tremendamente ofuscada:

- Carlos, ¿qué hay que hacer para ponerle una denuncia a un médico?

- ¿Qué te ha pasado, Rosario?

- Como tú sabes, mi hija padece de los nervios y se ha tomado un puñado de pastillas. La hemos llevado al consultorio y no me han dejado entrar con ella. Cuando sale el médico, le he preguntado que qué le han hecho y me ha dicho que le han dado cisco.

- Cisco no, Rosario, te habrá dicho carbón.

- Cisco, carbón, qué más da. ¿Esa qué respuesta es? De mí y de mi hija no se cachondea nadie porque esté mala de los nervios.

- Pero, Rosario, es que lo que se da en estos casos es carbón. Es un carbón especial para que el cuerpo no asimile las pastillas.

- ¡Ah! Pues no veas la que le he montado al médico.

-oOo-

Uso gafas desde los 10 años por hipermetropía. Siempre la misma graduación, pero a mis 45 años empiezo a perder agudeza visual. Empiezo a tener la vista cansada. Cada vez me tengo que separar más de las letras pequeñas para poderlas ver, por lo que acudo al oculista.

Yo la conocía de llevar a mis hijas a su consulta, pero para mí hacía años que no me visitaba.

- ¿Qué te pasa que has pedido cita para mí?

- La verdad es que no sé si es un problema de oftalmología o de traumatología.

- Pero ¿qué es lo que te pasa?

- Que, para ver bien, cada vez tengo que retirarme más las cosas y me va faltando brazo.

-Tu problema no es de la vista ni del brazo. Es del carné de identidad.

-oOo-

Eran días de Navidad. Ana Mari, la esposa de D. Antonio González Quirós, el médico del pueblo, había organizado, junto con Casti, mi esposa y Amalia, la de Antonio Flores (Antoñito el practicate), una foundí para cenar en su casa los tres matrimonios.

Empezamos a tomar unas tapas frías, y llegado el momento de prender el mechero de alcohol de la foundí Ana Mari le dice al marido.

- Antonio, tráete el alcohol de la consulta.

- Ana Mari, yo no tengo alcohol en la consulta.

Ana Mari nos mira a los enfermeros.

- Yo tampoco tengo.

- Ni yo –contestamos-

Además, que era cierto. No teníamos alcohol en casa.

- ¿Y cómo cenamos sin fuego? Vaya tres que estáis hecho - Nos recrimina Ana Mari-

Antoñito, el otro enfermero, dice que no nos preocupemos, que ahora traía alcohol.

En efecto, a los 10 minutos aparece con un bote.

- ¿De dónde es el bote? – preguntamos.

- Tenía que poner una inyección por aquí cerca un poco más tarde. He ido, le he pinchado y me he traído el bote de alcohol.

-oOo-

Ana, con setenta años, se entera de que estoy escribiendo un libro sobre anécdotas y me dice:

-Mire Vd., don Carlos, para que lo ponga en ese libro, que esto es verdad. Hace treinta años fui al traumatólogo, al doctor Antas, con un dolor en la pierna derecha. Me vio y me mandó a la sala de al lado, y vino el practicante o el que sea y me puso un yeso en el brazo derecho.

- ¿Y tú que hiciste?

- Pues irme para mi casa con el brazo escayolado.

- ¡Anda ya!

- De verdad. Mes y medio estuve con la escayola.

- ¿Y no dijiste nada?

- Yo qué sabía. A mí me habían dicho que todas las cosas del cuerpo tienen que ver unas con otras... pues yo pensé que esto era así.

-oOo-

El paciente era un poco brutote.

- *Pa* que me recete los cartones.

- Buenos días ¿no?

- Vale. *Pa* que me recete los cartones.

- Pues mira por donde, éste no te lo voy a recetar.

- *Po* me *la mandao* el especialista y me lo tiene que *recetá usté*.

- Mira Pedro, has entrado en la consulta sin lo mínimo de cortesía, sin dar los buenos días, pero te lo voy a pasar porque no tienes luces que te alumbren. El número que has soltado sobre la mesa es un vale de Merca Sevilla y te lo voy a pasar también, pero lo del cartón no te lo paso ni yo ni la seguridad social.

- *Po* me lo tiene que recetar.

- ¿Pero no te das cuenta, so zoquete, que es un trozo de una caja de película fotográfica? ¿Qué pone aquí?

- Kodak color, 36 exposiciones.

Y se marchó sin decir adiós.

-oOo-

La paciente suelta encima de la mesa la cartilla con tres cartones:

-Buenos días, don Ismael; para que me recete los cartones.

En uno estaba impreso el nombre de un medicamento antidiarreico, que no le hacía falta; en el otro estaba impreso sólo el número de lote y la caducidad, pero no se sabía de qué; y en el tercero ponía “para abrir, levantar y tirar”.

-oOo-

La paciente es muy seria, muy seca en sus contestaciones, pero conmigo incluso nos reímos y gastamos pequeñas bromas. Tiene unos 60 años. Era 2 de noviembre, día de los difuntos. Viene a mi consulta para control de tensión arterial.

- ¿Qué pasa Antonia? ¿cómo va la cosa?

- No está mal, pero hoy vengo ya *jharta* de llorar.

- ¿Y eso?

- Que en estos días se acuerda una de su padre, de su madre... de toda la gente que ha muerto.

-Bueno, desahogarse llorando es bueno. Lo malo es quedarse con la pena por dentro. Además, llorando se pierde líquido, que a ti te interesa por el tema de tu tensión arterial.

La conversación giró en torno a lo mismo durante la visita. Las constantes las tenía bien, el tratamiento lo hacía correctamente. Ella se encontraba bien, por lo tanto...

-Antonia, te doy cita para el mes que viene. Hasta entonces.

-Adiós, don Carlos, y recuerdo *pa to* sus muertos.

-oOo-

Trini se entera de todo y de lo que no se entera se lo inventa. Tiene respuesta para todo. Es la típica señora que está todo el día en la puerta de la casa con la escoba, haciendo como que barre, para ver quién anda para arriba y para abajo. Hoy lunes, en la consulta, el médico le ha preguntado por un vecino que falleció el sábado.

- Trini, ¿de qué ha muerto tu vecino?

- Pues cosa de eso tendría, o algo.

El médico no se atrevió a pedir más explicaciones

-oOo-

La señora era diabética, algo metidita en años, su forma de hablar era pausada, tranquila, lenta. Además, repetía las cosas muchas veces. Los que la conocían bien decían que era muy pesada.

Hoy, en la consulta, le estoy revisando los pies y me dice:

- Mire usted, ahora no tengo tantas durezas, porque como usted me dijo, ¿se acuerda usted de lo que me dijo la última vez que me miró los pies? Pues yo se lo voy a recordar. Me dijo usted: “date con la piedra *plómez*”.

-Sí, sí, *plómez*.... - pude decir, aguantando la risa.-

-oOo-

Antonio era un paciente brutote y muy gracioso, pero gracioso de forma natural. Decía las cosas sin intención de hacer reír, pero te reías. A

partir de los 75 años empezó a demenciarse, a perder la lucidez, con lo cual los disparates eran mayores.

Venía de verle tras un alta hospitalaria por agudización del asma. Estaba en la cama, a la que le tienen puesta barandillas. Cuando entro me dice la mujer que cada vez les cuesta más trabajo incorporarle en la cama, que se resbala a cada instante y no aguanta casi nada semisentado, pero que, entre ella y la hija, le cogen por los sobacos y lo aupán.

Entro en la habitación y está dándole golpes a la barandilla.

- ¡Antonio! ¿qué pasa, qué estás haciendo?

- ¡Aja!, no te he visto llegar. Aquí estoy arreándole a la mula, que no quiere andar.

- Si es que es muy temprano, estará el animal cansado o falto de sueño.

- ¿Po tú sabes que te digo?, que, si la mula no anda, yo hoy no voy a coger garbanzo. Niño, ayer nos dimos una paliza y hoy tengo los sobacos reventaos.

Le dolían los brazos de los tirones para incorporarle en la cama.

-oOo-

Antonio, el mismo de la anécdota anterior, había estado viviendo y trabajando en Madrid hasta su jubilación, pero seguía con ademanes de gañán. Además de ser pacientes míos toda la familia, con algunos tenía amistad. Yo le saludaba siempre igual:

- ¡liiu!

Y él me contestaba:

- ¡Aaja!

Ya, con ochenta años, empezó a tener microinfartos lacunares.

Nos llamó la familia de urgencias pensando que Antonio se estaba muriendo. Le habían levantado al sillón y lo notaban muy desmadejado, lo veían muy apagado, que no hablaba ni contestaba, con la cabeza caída, más amorrado que de costumbre.

Cuando llegamos, desde la puerta, lo vimos al fondo, sentado en el sillón, como nos dijo la familia, con la cabeza caída. Yo, ni corto ni perezoso, desde la puerta le saludo como de costumbre, pero más fuerte:

- ¡IIIIIIUUU!

Y, acto seguido, Antonio levanta la cabeza y contesta:

- ¡Aaja! ¡Entra *pa* entro!

La familia se quedó pasmada. El médico lo reconoció y determinó que había sido un accidente vascular transitorio. La familia decía que yo lo había resucitado.

-oOo-

El paciente, de 75 años, viene especialmente sonriente a la sala de curas para revisarle un mal perforante plantar. Es diabético, insulinodependiente. Me ha comentado varias veces que, entre una cosa y otra, y la mujer que tiene artrosis, la cosa del amor está fatal.

Pero como dije, hoy viene especialmente sonriente.

- Que contento vienes hoy, Manuel.

- Ayer corté oreja y rabo.

- ¿Y eso?

-Estuve en un club con una negra bien hermosa. No me hizo falta ni pastillitas ni *ná*. Cuando se llega con ganas y el *ganao* es nuevo, se torea mejor que nunca. ¡Y con una negra! Que yo nunca había *estao* con una negra. Cuando terminé, me quedé mirándola y tenía la entrepierna que parecía un tomate con mayonesa.

La transcripción no es literal. He intentado suavizar un poco la terminología de la conversación.

-oOo-

El paciente, persona gruñona y huraña de unos 70 años, llega a las tres de la tarde de un día desapacible de viento y lluvia, con una crisis asmática. Llevaba varios días viniendo para ponerse nebulizaciones de salbutamol por las noches.

Le atienden en la sala de urgencias entre su médico, que ese día tenía consulta por la tarde, y el médico que acababa de entrar de urgencias. El enfermero estaba fuera. Le aplican medicación intramuscular y le ponen una cámara de Hudson con budesonida y bromuro de ipatropio.

Sobre las cuatro y media llega otro paciente de urgencias. Pasa con el médico de urgencias a la consulta y detrás de la mampara, en la

camilla, se oyen unos ronquidos. “Algún indigente se ha colado para guarecerse del temporal y se ha echado a dormir”, pensó el médico.

Se asoma y era el paciente asmático. El médico de urgencias pensó que lo había terminado de ver el médico de cabecera y el de cabecera pensó que el de urgencias. El paciente, cuando se le terminó la nebulización, cerró la bombona de oxígeno y se tumbó en la camilla hasta que viniesen a decirle que se podía ir y se quedó dormido.

- ¡Pedro! ¿qué haces aquí todavía?

- ¿Eh? ¡ah! Me he quedado un poco traspuesto. Como llevo varios días sin dormir bien...

- La auscultación es buena, te puedes marchar cuando quieras.

Esperó que escampara y se marchó.

Al poco tiempo, por la ventana se le ve venir de nuevo. Traía una cara de cabreo superlativa. Seguía lloviendo y venía con el paraguas abierto y pegando resoplidos. El enfermero se asoma a la puerta.

- ¿Qué te pasa, Pedro? ¿Te has puesto peor?

- Mira, déjame tranquilo que no tengo ganas de *na*. Vaya tarde que llevo.

- Pero ¿qué te pasa?

- Que cuando estuve aquí antes, me marché andando, porque se me olvidó que había venido en coche y ahora vengo a recogerlo.

-oOo-

Antonio, gañán bruto y gracioso donde los haya, le dijo a su esposa que fuese al médico para que le mandase algo para él, para el estreñimiento.

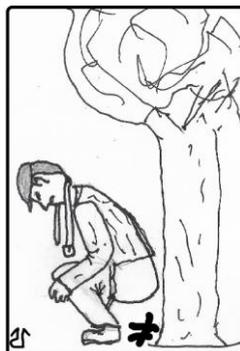
-Don José me ha recetado jarabe de pruína. El bote te lo he puesto en la talega, con la comida que te vas a llevar al campo. Te tomas una cucharada con el bocadillo y otra al medio día.

Al regresar por la tarde del campo, la mujer observa el bote vacío.

- ¿Qué ha pasado con el jarabe?

- Que me lo he tomado.

- ¿Pero todo de una vez?



- Pues claro. Una cucharada era poca cosa.

- ¿Y qué ha pasado?

-Que he estado todo el día agachado detrás de un olivo con la correa en el pescuezo.

-oOo-

La médica llama por teléfono a la paciente para darle los resultados de una citología infectada por cocobacilos.

- María, buenos días. Soy la doctora, para darte el resultado de la citología. ¿Tú cómo te encuentras, te notas algo en tus partes?

- ¡¿Po no te dije ayer que tengo una picazón en el coño que no me deja vivir?!

-oOo-

A las tres menos diez el médico estaba terminando de comer para empezar la guardia. Yo esperaba el relevo para irme a casa. Suena el teléfono

- Le llamo de la Marisquería Manolo. Aquí hay un hombre que dice que se encuentra mal, con mareos, fatiga...

Acudimos al lugar y nos encontramos con Antonio, un paciente cardiópata conocido, sentado en una silla, que solo refiere mareos y nauseas después de tomarse un par de copas de tinto y una tapa.

Mientras le tomamos las constantes, el paciente hace una parada cardiorrespiratoria.

Le tumbamos en el suelo y comenzamos maniobras de RCP básica, respondiendo a las maniobras rápidamente.

Le pedimos al dueño del bar que avisara al 061 que se presentó a los 15 minutos en helicóptero. El paciente se había repuesto con la medicación que se le aplicó, por lo que el 061 decide trasladarlo en ambulancia convencional al hospital.

Mientras llegaba la ambulancia, el paciente nos invitó a café, a lo que aceptaron los que habían almorzado. Mientras, estaba sentado charlando conmigo y quejándose de que ya no tenía mareos, pero que ahora le dolían las costillas.

Cuando llegó la ambulancia, el conductor se asoma al bar y nos

ve a todos de tertulia y tomando café. Se vuelve para la calle y al poco rato vuelve y entra.

- Perdonen, ¿dónde es el bar donde tengo que cargar un paciente?

- Aquí.

- Pero ¿no era una parada?

- Si, este señor es el paciente, que ha salido de la parada y te lo vas a trasladar al hospital.

Y le dice Antonio:

- No corra usted tanto, que hace mucho calor. Tómese una coca cola, que yo invito.

-oOo-

Bartolo es un chico joven, alto, fuerte, brutote y muy gracioso. Llevaba varios días estreñido y llamó al consultorio para ver qué le aconsejaban para tomar.

- ¿Hay Duphalac en tu casa?

- Sí.

- Vale, pues tómatelo.

Por la mañana, cogió el bote y se lo empinó hasta tomarse, según él, medio. Al rato, y viendo que la medicación no le hacía nada, se tomó el otro medio.

Muchos retortijones, muchos apretones, pero iba al retrete, apretaba, y no había manera. Así todo el día, hasta que, ya de noche, en uno de los apretones, sale corriendo para el retrete, se sienta en la taza y al darle una contracción, apretó con todas sus ganas, siendo esta vez efectiva la descarga. Sólido y líquido salió con tanta fuerza, que notó, según cuenta él, como algo húmedo y frío le subía desde la rabadilla hasta el cuello. Los salpicones salieron entre la tapadera y los glúteos hacia arriba con tal fuerza, que le puso toda la espalda llena de lo que ya sabemos.

-oOo-

Llego de los avisos a las 13:00 horas y me encuentro a María, una señora depresiva, con un suero puesto, acompañada por una vecina, Rosario.

Yo - ¿Qué te pasa, María?

María - Que estoy con andancia (vómitos y diarreas) y me ha puesto un suero don Salvador. Llevo aquí ya un buen rato y cuando me vaya no sé qué voy a ponerle a mi gente de almuerzo.

- Po ponle la comida del cabrón – dice Rosario-.

- ¿Eso que es, Rosario? –intervine yo-.

- Papas fritas con huevo, que se hacen en un momento.

- ¿Y por qué le dicen eso?

- Eso viene de una mujer que se tiraba todo el día en la puerta de la calle de charla con las vecinas, y al medio día, cuando venía el marido, ella misma decía: “A ver, ¿qué le pongo de comer a este cabrón...? Papas fritas con huevo mismo, que se hace en un momento”.

- Bueno, pero también es entretenido, que hay que pelar y cortar las papas –dijo María-.

- María, ahora hay patatas congeladas, preparadas nada más que para freír y no te tienes que entretener –le comento, y dice Rosario:

- ¡Ojú! Eso ya es la comida del cabronazo.

-oOo-

Rafael era muy particular. Tenía salida para todo. Tenía unos 60 años. Llegó a mi consulta para que le curase una herida en la tibia, que era un arañón, algo profundo, pero un arañón.

- ¿Qué te pasa, Rafael?

- Que ayer, arrancando la moto, se me escapó el pedal y me arrancó media pierna. Tuve que venir a urgencias y todo.

- ¡Pero si esto no es nada!

- ¿Que no es nada? ¿Usted sabe la sangre que perdí? Cuando llegué a urgencias venía en reserva.

-oOo-

Me comenta un celador que, en una guardia suya, hace años, a las 5 de la madrugada llaman por teléfono por una posible crisis hipertensiva. Se lo comenta al médico y le dice al familiar que, por favor, que la traiga al consultorio para poderla ver con más medios que en el domicilio y dejarla en observación si fuese necesario. El familiar, de muy

malos modos le dice que no, que la obligación del médico es ir al domicilio desde el que le llamen y bla, bla, bla, con alguna palabra malsonante incluida. El familiar no atiende a ningún razonamiento.

Toman nota del nombre y de la dirección y piden la ambulancia, que tarda un rato en llegar.

Se dirigen al domicilio y, tras llamar varias veces a la puerta, sale un vecino a preguntar que pasaba. Les dicen que les han llamado porque la señora se ha puesto mala y el vecino les comenta: “Esperen un momento, que el dormitorio está al fondo de la casa”

Al poco abre la puerta un señor mayor:

- Dígame
- Que venimos a tomarle la tensión a su mujer
- ¿Ahora?
- Ahora. ¿Dónde está?
- Al fondo, en el dormitorio

Tras tomarle la tensión y ver que está bien, comenta el médico:

- La tensión está bien, pero como no sé lo que le pueda pasar, la vamos a mandar al hospital para que le hagan unos análisis.
- ¿Cuándo?
- Ahora.
- ¿Ahora?
- Ahora mismo. En la puerta está la ambulancia.
- ¿Pero...?
- Es muy tarde para poner peros. Tiene que ir a Sevilla.
- Mire usted, si es que...
- Qué no, qué no. Si la tensión está bien, tienen que hacerle unos análisis. Adiós. Buenas noches.

Derivan a la paciente al hospital y el médico y el enfermero se marchan para el consultorio. Cuando llegan, hay gente esperando y le comenta el celador:

- Este señor es el que llamó para lo de la tensión de su esposa. Se habían equivocado de dirección.

-oOo-

El paciente, un señor de unos 55 estaba inconsciente en el suelo.

El médico, joven, le ausculta y no percibe sonidos ni cardíacos ni respiratorios, por lo que decide dar un golpe precordial antes de comenzar maniobras de RCP.

Tras este golpe, el paciente le dice: “Tenga usted cuidado, que tengo el dinero del paro en el bolsillo de la camisa”.

El paciente había tenido una crisis de conversión y el médico tenía girada la campana del fonendoscopio.

-oOo-

Me llega un paciente con un P10 para que le cure una uña encarnada en el dedo gordo del pie derecho. Le pido que se ponga en la camilla y que se descalce los dos pies y me dice que el izquierdo no se lo había lavado. Y era cierto.

-oOo-

Tengo una amiga educada en buenos colegios y muy bien hablada. Un día, hablando de comidas, le comento que, para desayunar, yo me pido muchas veces una tostada con manteca colorada y le pongo un poco de azúcar por encima a la manteca, que es como si fuese una tostada de cerdo agridulce.

A los pocos días, me dice el camarero del bar:

- Ha estado aquí tu amiga Ana María y me ha pedido una tostada muy doradita por arriba y por debajo, que le ponga mantequilla roja y le eche un poco de azuquita *po reó* (por alrededor).

Según el camarero, fueron palabras textuales.

-oOo-

Francisco es un paciente de unos 66 años, jovial, alegre, ocurrente, diabético, hipertenso, obeso, que estamos curando de una úlcera vascular en la pierna. En los días de Navidad ingresa en el hospital por fiebre elevada que diagnostican de neumonía, a consecuencia de lo cual está ingresado varios días. En estos días de ingreso fallece otro vecino del pueblo en el hospital, pero se corre el rumor de que ha sido Francisco. Pero Francisco estaba mejorando y fue dado de alta a primeros de enero.

El día de Reyes, me lo encuentro en la puerta de su casa viendo

la cabalgata:

- ¡Hombre, Francisco!, me alegro de verte - le dije con retintín.

Y me contestó con ironía:

- ¡Yo sí que me alegro de verte!

-oOo-

Una prueba de las ocurrencias de este mismo paciente es la conversación que siguió a continuación:

- ¿Cómo te encuentras?

- Perfectamente. Ahora tengo más fuerza que antes.

- ¡No me digas...! ¿Eso cómo es?

- Mira. Yo, ahora, para ir a mear, me la sujeto con dos dedos, pero cuando tenía 20 años, con las dos manos no era capaz de barajarla.

-oOo-

A 12 km. de Gerena hay un pueblo atendido por un solo equipo. Se puso enfermo el enfermero y tuve que ir a realizar las extracciones sanguíneas a primera hora de la mañana, mientras llegaba el sustituto.

Entre los pacientes llega un hombre de unos 35 años para sacarle sangre, le doy los buenos días y le digo que se siente.

Dijo “hola”, se sentó y se remangó un brazo.

Busco y rebusco y no consigo palparle una buena vía. Le invito a remangarse el otro brazo y tampoco encuentro nada. El paciente seguía callado, pero sentado muy derecho e inquieto, observando mis maniobras de búsqueda.

Le comento que no le veo la vena y él me responde con voz atiplada y ademanes afeminados:

- ¡Pues será usted el único!

Los pacientes que esperaban en la puerta rompieron a reír a carcajadas.

-oOo-

Mariló era compañera mía de prácticas en el hospital. Era buena estudiante y trabajadora, pero no podía ver un cadáver.

Aquél día falleció un señor en la planta y ella se quiso quitar de en medio, pero las enfermeras le dijeron que tenía que enfrentarse a la

situación, y que, aunque no hiciese nada, que las acompañara para amortajar el cadáver, a lo que accedió después de mucho discutir y tomarse una tila.

Ella se pegó a la pared para observar.

El cadáver estaba en la sala de cura, en la cama, descubierto, boca arriba con las manos cruzadas sobre el pecho.

Para pasarle el sudario por debajo del cuerpo, lo pusimos de lado, con tan mala suerte, que, con el movimiento de giro, abrió un poco los ojos, soltó aire del estómago, haciendo un sonido gutural y soltándose las manos, quedando un brazo extendido sobre la cama señalando la mano hacia la compañera, que salió de estampida gritando si tenía que gritar. Estuvo una semana sin aparecer por el hospital.

-oOo-

María es muy dominante. Viene acompañando al esposo a la sala de extracciones. Tiene que traer dos muestras de orina y trae una solamente.

- Manuel, te falta una orina. ¿Tienes gana de orinar?

Y contesta María:

- Él no tiene ganas de orinar.

-oOo-

- José, ¿quién te ha mandado estas inyecciones?

- Uno de los médicos del mercadillo.

- ¿Cómo?

- Sí, un pasante, de los que vienen de vez en cuando, como el mercadillo.

-oOo-

Pedro me consulta sobre una queratosis que le ha salido en el entrecejo:

- ¿Carlos, esto qué es?

- Eso es un cuerno, Pedro.

- Déjese usted de cachondeo, hombre. Dígame usted qué es esto.

- Pedro eso es un cuerno. Se le llama cuerno cutáneo.

- Eso, y encima *putáneo*.

-oOo-

El paciente acude al médico por un desvanecimiento.

- Deme las dos manos y apriete... Bien. Levante la pierna izquierda y la derecha... Bien. Abra usted bien los ojos... Bien. Sople como si quisiera llenar un globo... Bien. Enséñeme los dientes.

- No puedo.

- ¿Por qué?, ¿qué le ocurre?

- Me los he dejado en casa.

-oOo-

- Doña Esther, que aquí vengo a traerle la carta del cardiólogo con el resultado del *cataclismo* de mi marido.

- ¿Tu marido qué es, un *cataclismo*?

- No, mujer, qué le han metido los cables por las verijas para verle el corazón.

-oOo-

La paciente llega a mi consulta de enfermería.

- ¿Cómo te encuentras?

- Regular, porque don Antonio me ha mandado unas pastillas que me han soltado el vientre.

- ¿Qué pastillas son esas?

- Unas que vendrán de muy lejos. Le llaman de la Conchinchina, y me las ha mandado para la gota (Colchicina).

-oOo-

Esteban, cuando yo le conocí, tenía más de setenta años, y todos los meses se ponía una o dos cajas de antineuróticos, y el día que no tenía que pincharse, iba al consultorio a dar una vuelta.

Ya metido en los ochenta y picos de años, empezó con problemas de demencia, hasta no llegar a conocer a la familia. No salía de casa para nada y pasaba la mayor parte del día en la cama.

Hacía lo menos un año que yo no veía a Esteban, pero una tarde, estando de guardia localizada en mi casa, llaman a la puerta y era él.

- ¿Qué pasa, Esteban? ¿Qué te trae por aquí?

- Buenas tardes, don Carlos. Que vengo para que me ponga una inyección para los dolores, que estoy fritito de dolores.

- ¿Has venido solo?

- Solo y sin poder andar.
- Entra y siéntate, que tengo que llamar por teléfono.

Llamé por teléfono a su casa y le pregunto a la hija que cómo está su padre.

- Mi padre, hace un rato que se metió en la cama, después de merendar. Cada vez está peor. No conoce a nadie y está todo el día acostado.

- Y de los dolores ¿cómo anda?

- De los dolores no se queja, con el emperro que tenía con las inyecciones. Le tenía a Vd. todo el día en la boca: “que si don Carlos esto, que sin don Carlos lo otro, que si para acá, que si para allá...” A ver si viene Vd. un día a verle.

- ¿Por qué no entras un momento en su cuarto y le pasas el teléfono de mi parte?

-Ahora mismo... (Al momento, nerviosa): ¡Don Carlos, que mi padre no está, que se me ha escapado! ¡Que ha salido mi hijo, ha dejado la puerta abierta y se ha tenido que ir a la calle! ¡Dios mío, dónde estará, con la cabeza como la tiene...!

-No te preocupes y vente a recogerlo, que está en mi casa.

-oOo-

A finales de mayo es la feria de Gerena. En 1991, a las 4:00 de la madrugada, estando en la feria, se pone Manoli de parto, por lo que el marido la monta en su Land Rover y sale zumbando para Sevilla.

En 1991 las infraestructuras de Sevilla estaban cambiando a diario debido a las obras previas a la Expo'92 y los controles policiales para evitar cualquier tipo de boicot a las obras o de atentados eran bastante frecuentes.

Con estas circunstancias, Antonio se mete en Sevilla, pero con los nervios y las obras se pasa la entrada hacia el hospital universitario. Cuando se viene a dar cuenta, está a la altura de los cuarteles de Tablada, 3 km. más lejos.

Como puede, da la vuelta en la SE-30 recién inaugurada y vuelve a pasarse la entrada al hospital, llegando hasta Valdezorras.

Se vuelve todo ofuscado, la mujer quejándose y metiéndole prisa

y otra vez se vuelve a pasar, llegando de nuevo a los cuarteles de Tablada.

A lo lejos ve un control de la Guardia Civil y con el Land Rover se dirige a toda velocidad hacia ellos, buscando ayuda.

La guardia civil ve que un coche se les echa encima y, ni cortos ni perezosos, dos guardias se ponen en medio de la carretera apuntando al Land Rover con los fusiles y dando el alto.

Con los nervios, Antonio casi los atropella y los guardias casi le disparan. Cuando consigue parar, la guardia les rodea con las armas en la mano y Antonio, todo asustado, les cuenta el panorama:

- Mi mujer está de parto y llevo un rato dando vueltas sin saber por dónde ir al hospital.

La guardia civil que comprueba la situación, puso uno de los coches del control delante del Land Rover y les guio hasta el hospital.

-oOo-

Bernardino el de la Catana y Manolo Velones tenían fama de ser muy fuertes. Bernardino se apostó una arroba de vino a que se enganchaba con un mulo arando y llevaban el surco recto. Lo hizo y ganó.

Manolo quiso parar él solo un toro como hacen los forcados, pero no lo agarró bien y le dio una paliza tremenda. Según él me contó, el toro tenía mucha *fuerza en el sebro*.

-oOo-

Ana, abuela muy cariñosa, cuando hablaba con don Antonio Castellanos, siempre empezaba igual: “Mira, don Antonio, titi”.

Don Antonio es un clínico magnífico y le gusta dejar anotado con detalle en la historia del paciente cada visita que éste le realiza. Hoy, don Antonio se acerca a mi consulta y me dice:

- Carlos, por favor, ponle a Ana un Primperán.
- Vale, ahora mismo se lo pongo.

Abro la historia de la paciente para registrar el inyectable y veo en la visita previa: “Motivo de consulta: GEA aguda”. Al rato de esto, vuelvo a hablar con don Antonio para otra cosa y le digo:

- Antonio, ¿GEA qué significa?
- Carlos, ¿a estas alturas no sabes que significa GEA? Gastroenteritis aguda.

- Pues mira lo que has escrito en la historia de Ana: GEA aguda.  
- ¿No me digas...? ¡Ostras! Voy a borrarlo ahora mismo.  
Esperemos que no lo haya visto nadie.  
Y fue y lo rectificó, pero aquí queda el testimonio.

-oOo-

Una compañera ve que me levanto con dificultad de la silla.  
- ¿Qué te pasa, Carlos?  
- Que tengo puesta una faja por un dolor de riñones. Me he lastimado un poco al mover a un paciente.  
- ¡Ah!, no sabía yo que tenías problemas las cervicales.

-oOo-

La paciente entra en la consulta de planificación familiar. Es hipoacúsica, pero lo disimula muy bien. El médico le está abriendo una historia clínica nueva, por lo que le va preguntando los datos personales y clínicos.

- ¿Cuándo ha tenido la última regla?  
- Hace 15 días.  
- ¿Tiene usted DIU?  
- Sí, dos.  
- ¿Cómo dos?  
- Sí, la mayor de 16 años y el segundo con 13.

-oOo-

La señora llega a la farmacia y le dice al farmacéutico que el Predictor está estropeado, no funciona o está caducado, que se lo cambie.

El farmacéutico, tras comprobar el estado del test de gestación que le trae la señora, le pregunta que cómo lo ha utilizado.

- ¿Cómo quiere Vd. que lo utilice...? Me lo he metido dos o tres veces en el coño y el cacharro este no hace nada.

-oOo-

A mi consulta llega un matrimonio de unos 70 años. Dos personas muy agradables. Ella toma la delantera hablando.

-Buenos días, Carlos. Aquí vengo con Pepe para hacerle un lavado de oídos, que está sordo perdido.

-Me parece muy bien. Vamos a verlo. ¿Qué oreja es?

Él responde: “la izquierda”, ella responde mirando su reloj: “las once y cuarto”.

-oOo-

-Don Antonio, el cacharro este que usted me ha mandado para el pecho no me hace nada.

- ¿Cómo que no te hace nada? El salbutamol es lo indicado para tu problema. Tienes que hacer dos inhalaciones separadas por un par de minutos cuando respiras para adentro, como si estuvieses fumando.

-Yo he hecho eso y por más *fletaciones* que me doy respirando fuerte, no me mejoro. Al contrario, me pongo peor.

- ¿Cómo *fletaciones*? ¿Pero tú dónde te echas el espray?

- ¡Po donde va a ser, coño!, en el pecho (sobre el tórax).

Las *fletaciones* son frotaciones no inhalaciones.

-oOo-

Un matrimonio amigo acudió al ginecólogo porque llevaban varios años casados y no tenían descendencia.

Después de historiarles y realizarles varias pruebas, el ginecólogo les dice:

-No encuentro ninguna causa que impida el embarazo, por lo que no les mando ningún medicamento.

- ¿Y que nos aconseja?

-Que sigáis intentándolo, pero en el suelo, donde ella no pueda recular.

-oOo-

De recién llegado a Gerena, me encontraba de tertulia en la farmacia cuando llegó una señora:

-Buenas tardes. Paco, ¿has terminado con este hombre? Dame un suspensorio, que tengo prisa.

- ¿No será para ti?



- ¿También con ganas de cachondeo? Anda, dame el suspensorio que está mi hijo esperándome, que se tiene que ir al campo.

-Pero, Antonia..., eso viene por tallas. Tendrá que venir tu hijo.

- ¡Joé, Paco, cuántos requilorios! Dame uno como para este hombre - refiriéndose a mí.

Sorprendido, no pude menos que decirle:

- Señora, esas tallas no tienen nada que ver con la estatura.

-oOo-

La adjunta de enfermería me pide que, por favor, si tengo tiempo durante la guardia, que le eche un vistazo al motor de un colchón antiescaras.

Entre paciente y paciente, con la ayuda del conductor, lo abrimos en la mesa de la sala de estar.

Una de las veces entra la limpiadora, nos ve y pregunta:

- ¿Ese cacharro qué es?

Y contesta el conductor:

-La bomba de un colchón anticaspa.

-oOo-

Entra en mi consulta de curas una chica de unos 30 años que yo no conocía. Yo acababa de extraer un tapón de cerumen y estaba limpiando la jeringa metálica.

-Dígame qué le ocurre.

-Que me ha dicho el médico que me mire Vd. este lunar que tengo en el cuello por si me lo puede Vd. quitar aquí.

Mientras seco la jeringa, me acerco a la señora para ir viendo la lesión, y al verme con la jeringa en la mano, salió corriendo despavorida gritando “no me pinche en el cuello, no me pinche en el cuello...”. No ha vuelto a venir.

-oOo-

En una guardia, sobre las 7:00 de la tarde, mientras el médico atendía a un paciente, llegan dos chicos de unos 20 años, a los que yo no conocía (en los pueblos pequeños nos conocemos todos). Uno de ellos en chándal y con varios zarcillos y piercing por las cejas y los labios. Dudan

si entrar o no a mi consulta, cuchichean entre ellos y al final les pregunto que si vienen para el médico o para enfermería.

- Es que ayer me hice una herida (comenta el de los zarcillos).

- Pasa y que te la vea.

Duda en entrar, se miran, el otro le dice que entre y con dudas entra en la consulta.

- Es que... mire usted, ayer, haciendo el amor con mi pareja, me he hecho una herida

- Pues vamos a verla. ¿Dónde la tienes?

- En... en ...

Nervioso se fue para la camilla mirándose la entrepierna y sujetándose el pantalón.

Comprendo que la herida está en los genitales y procuro tranquilizarle para que me muestre la herida.

Tendido en la camilla se baja los pantalones y me enseña un tremendo desgarro del frenillo prepucial, donde había tenido puesto un piercing y que en una feroz acometida se había quedado enganchado, no me dijo cómo ni con qué, provocándole la herida, que estaba tremendamente sucia debido a que no se había realizado ningún tipo de cura, salvo aplicarse un pañuelo para cortar la hemorragia.

Tras limpiarle la herida, le digo que tiene que ir al hospital, pero se negaba en rotundo.

- Tienes que ir al Hospital Universitario.

- Pues yo no voy.

- Mira que la herida está muy fea y hay que arreglarla lo mejor posible.

- ¡Qué yo no voy al Universitario!

- Vamos a ver. Tú de dónde eres.

- De Aznalcóllar (pueblo a unos 12 km. de Gerena).

- Bien, entonces tienes que ir al hospital de Bormujos.

- ¡Qué no voy yo a ningún sitio!

- Quillo, Juan, haz lo que te dice el practicante (interviene el amigo).

- ¡Qué no voy a ningún sitio! ¡Además, no tengo coche!

- Por eso no te preocupes, que te pondrá la ambulancia.

Me quedo fijo mirando al amigo:

- Mira, como tú comprenderás, para ese tipo de lesión no se puede poner una ambulancia.

- ¿Entonces cómo va a ir?

- ¿Cómo habéis venido de Aznalcóllar?

- En moto.

- Pues ya sabéis. En moto para Sevilla, o en el autobús.

- ¡Que yo no voy a ningún sitio! - comienza a gritarme-

- Puedes hacer lo que quieras, menos gritarme. Vamos a dejar las cosas claras. Yo, aquí, no te puedo arreglar eso. La churra es tuya y tú sabrás el cariño que le tienes.

Se puso los pantalones y se marcharon. Nunca supe en qué dirección ni en que terminó la historia.

-oOo-

Estoy de urgencias y llega un albañil, conocido mío, encorvado y agarrándose a los riñones.

- ¿Qué te pasa Manuel?

- Que en la obra que estoy hay que poner una bañera *mu* rara, que pesa un montón, y al moverla me ha dado un tirón la espalda.

- ¿Una bañera muy rara...? ¿cómo es la bañera?

- De estas modernas que vienen con vía crucis (jacuzzi).

-oOo-

A la consulta entra la madre con un niño de unos 3 años tosiendo. El médico le pregunta a la madre si ha tenido fiebre, si tiene mocos, le explora el pecho, la garganta... y no encuentra motivo que justifique la tos.

El médico, perplejo, se queda mirando dubitativo, sin hablar, a la madre primero y luego al niño, que no dejaba de toser.

El niño, ante la mirada fija del médico le pregunta a la madre: “¿Mamá, sigo tosiendo?”

-oOo-

- Carlos, vengo para que me midas el azúcar.

- ¿Qué te pasa?

- Que me pican mucho los *güevos*, y eso es porque tengo el azúcar alto.

El paciente es diabético conocido, pero de vida bohemia y disipada, no hace ningún tipo de tratamiento a pesar de tener indicado dos tipos de antidiabéticos orales.

- ¿No será de no lavarte?

- ¡Qué no, cojones!, que cuando me pican los *güevos* es por el azúcar alto.

En efecto, la glucemia capilar la tenía en 370 mgr/dl.

- Rafael, tienes azúcar para hacer cuatro bizcochos.

- ¿No te lo he dicho? ¿Ahora, qué tengo que hacer?

- ¿Tienes las pastillas del azúcar en tu casa?

- Sí, pero no me las tomo.

- Vale. ¿y ahora por qué has venido?

- ¿*Po* no te lo he dicho ya? Porque me pican los *güevos*.

- Pues si tienes tratamiento y no te lo tomas, lo que tienes que hacer es rascarte los *güevos*.

Se quedó sorprendido mirándome, y el médico que estaba a sus espaldas empezó a reírse mientras preparábamos insulina rápida para ponérsela.

-oOo-

- Don Antonio, vengo para que me recete usted tres cajas más de las pastillas que me recetó esta mañana, porque la que me han dado tiene 28 pastillas y no las hay más grandes.

- Pero con esa caja tienes para 14 días.

- ¡Qué va! Si usted me ha mandado que me tome 101, que aquí está escrito.

- No, hija, no. Lo que te he anotado es que a partir de hoy te tomes 1-0-1, eso quiere decir una por la mañana y una por la noche.

-oOo-

María vuelve a la consulta de la matrona. Había estado el día anterior y entre otras cosas le había comentado a la matrona que tenía molestias en “sus partes”.

- Mire usted, doña Nieves, los sobres que me mandó usted ayer no hay quien se los tome. Me han dejado la boca dormida y no he sido

capaz de tragarme la medicina.

- Te lo expliqué ayer, pero se ve que no te enteraste. María, el Rosalgin no es para tomárselo, es para diluirlo en agua y darse baños de asiento.

-oOo-

En todos mis años de ejercicio hay muchas cosas de las que me siento orgulloso y no quiero presumir por ello, pero hay dos que me han hecho pensar que no lo hecho muy mal del todo.

Esperanza es hija de Edu y de Paco, magnífico compañero y enfermero ejemplar. Esperanza entró en la facultad de Enfermería y cuando tuvo que hacer las prácticas de Atención Primaria, Paco me la encomendó a mí, pudiendo haber sido él su tutor.

La segunda tiene como protagonista a Paqui. Paqui trabajó en nuestra zona varios años como dispositivo de apoyo. Lógicamente, conocía a todos los profesionales de la zona y de todas las zonas en las que había estado trabajando.

Un día nos dice que se marcha a trabajar a otra zona más cerca de su casa. Lo entendimos.

Al cabo de tres años, me llama nuestra adjunta y me dice:

- Carlos, ¿te acuerdas de Paqui?

- Sí, claro.

- Hace unos seis meses que la han operado de un tumor cerebral. Se está recuperando, pero ha tenido una amnesia total que va recuperando poco a poco. Me ha pedido, si no te importa, venirse contigo para verte trabajar e ir recuperando conocimientos profesionales. Como si fuese una alumna de prácticas.

- No sé, Rosario. Yo por mí, encantado, si tú lo apruebas. Pero te comento que yo con Paqui solo tenía una relación profesional normal, cordial. No sé por qué quiere venirse conmigo.

- Dice que, a pesar de la amnesia, del único enfermero que se acordaba era de ti y de tu forma de trabajar.

- Pues nada. Mándala para acá, a ver qué puedo hacer.

Estuvo conmigo un par de meses. Fue un esfuerzo tremendo para los dos, sobre todo para ella, pero la recuperación de su memoria profesional fue total. Al poco estaba trabajando en el DCCU de Sevilla.

Desde entonces, la relación es, aparte de profesional, de mutuo cariño.

-oOo-

Llega un señor a la farmacia:

- Paco, dame una suspensión.  
- ¿Eso qué es, Juan? Si tienes algún amortiguador roto, tendrás que ir al taller.

-Yo qué sé. El médico me ha dicho que tengo un *aiseli* en los *güevos* y se me han puesto como los de un avestruz.

Tras llamar el farmacéutico por teléfono al médico, se entera de que el paciente tenía un hidrocele y quería un suspensorio.

-oOo-

Durante la pandemia COVID19 estuve de enfermero escolar, gestionando por teléfono la pandemia en las guarderías, los colegios e institutos de la zona de Guillena y Santa Olalla del Cala. Unos 50 centros. Lo más simpático que recuerdo de esa etapa es que, en agradecimiento por la labor de acompañamiento, gestor y consejero de los referentes covid escolares, del IES El Molinillo, de Guillena, me hicieron entrega de un presente, lo que agradecí sobremanera. De hecho, participé en un programa de radio a nivel nacional hablando de cómo se estaba conteniendo la pandemia en los centros escolares de Andalucía, gracias a los referentes escolares, que, además de sus clases, hacían de enlace con las enfermeras escolares para comunicar los casos, los contactos y las sospechas de casos de los alumnos y gestionar las cuarentenas de estos. Realicé un trabajo al respecto (Maestros en el control de la pandemia) y lo presentamos en la V Reunión Internacional de Investigación en Salud Comunitaria, en 2021. Posteriormente fue publicado en *Parainfo Digital*, una revista internacional de enfermera, dándole la importancia que los docentes y los referentes escolares COVID de cada centro, habían tenido para contener la enfermedad y que los centros educativos pudieran permanecer abiertos.

Fue duro. Muy duro. Por eso quiero dejar esta constancia, para que no se olvide. Yo trabajaba en el centro de salud y volvía todos los días con el miedo de meter en casa la maldita enfermedad. Mi esposa teletrabajaba. Mi hija Casti, docente, primero teletrabajó y luego estuvo en Purullena (Granada). Y mi hija Blanca, enfermera, trabajó toda la pandemia en un hospital de Madrid. Estuvimos casi un año sin contacto físico. Solo videoconferencia, sabiendo que estaba en el ojo del huracán, en una planta COVID, protegiéndose con bolsas de basura y mascarillas rudimentarias al principio. Atendiendo a pacientes terminales y rezándoles un padrenuestro a los fallecidos, porque los familiares no podían hacerlo. En los entierros habían más operarios que familiares.

Fue duro. Muy duro... para todos. Pero nosotros, los sanitarios, teníamos que estar ahí. Y estuvimos.

Hoy, un año y medio después, parece que la gente lo ha olvidado. Ya no somos héroes (nunca nos lo sentimos). Volvemos a ser *los esclavos de la sociedad*.

-oOo-

Me comenta un médico joven que hizo una guardia conmigo que él, trabajando en otro distrito, llamó a la directora de la zona para hacerle unas preguntas sobre el contrato que acababa de firmar y para que le diera las fechas de las guardias.

La directora le contestaba con esfuerzo y con algunos ruidos de fondo que le recordaban a un hospital.

-Oye, te noto la voz fatigada, ¿te pasa algo? ¿estás en el hospital?

-Sí, pero no te preocupes, estoy pariendo.

-oOo-

Son las 4 de la madrugada de una noche de verano. Llama al timbre de urgencias un señor con aspecto brutote.

- Buenas noches, ¿Qué le pasa?

- Me encuentro una cosa muy rara en el pecho.

El médico le explora y no encontraba nada anormal. Se le realiza un EKG y era normal

- ¿Puede explicarme un poco mejor que es lo que le pasa?

- Que me encuentro *entrepetao* porque, mientras dormía, me ha *entrao* el aire del *ventiladó* en la boca y me lo he *tragao*.

-oOo-

Llegó un señor traqueostomizado a urgencias. Hacía señales como de dolor en el pecho y señalando hacia la calle a la vez que se tocaba la mano.

Nadie entendía a las claras qué era lo que quería decir.

- ¿Puede Vd. escribir lo que le pasa?

Cada vez más sofocado y haciendo los mismos movimientos, pero más exagerados, daba a entender que no sabía escribir.

Deciden pasarle a la consulta y realizarle una exploración general y un EKG, a pesar de que el hombre se resistía.

Al cabo de unos 15 minutos llega un chico joven preguntando:

- ¿Ha estado aquí mi padre a dar un aviso para mi madre? Mi madre padece del corazón y le ha dado un dolor muy fuerte en el pecho

en medio de la calle y se ha desvanecido.

-oOo-

Suena el teléfono de casa por la tarde:

- ¿Dígame?

- ¿Tú eres el practicante?

- Dígame.

- ¿Tú me puedes poner una inyección ahora, que no hay nadie en el consultorio y vengo del Rocío, *eslomaito* del charré?

- Bueno, véngase para casa.

- ¿Tú dónde vives, que llevo poco tiempo viviendo en Gerena?

- ¿Dónde está usted?

- En la puerta de la botica de la peña sevillista.

- ¿Conoce el centro cívico?

- No.

- ¿Conoce la papelería La Oliva?

- No.

- ¿Conoce el instituto?

- No.

- Pues no sé qué referencias darle para llegar a casa.

- Explícamelo por bares.

Se lo expliqué y llegó. Nunca había hecho las cuentas, pero desde esa farmacia hasta casa, te vengas por donde te vengas, hay 6 o 7 bares.

-oOo-

María hacía 3 o 4 meses que había tomado posesión. Buena persona, buen médico, pero le costó un poco hacerse con la dinámica de la consulta. A pesar de tener la especialidad de Medicina de Familia, gran parte de su trabajo lo desarrolló en urgencias del hospital. No había trabajado nunca en el medio rural. Lo de estar recetando paracetamol, levantarse para atender una parada y, acto seguido, continuar con las recetas, le parecía, cuanto menos, chocante. Pero le resulta simpático que los pacientes, agradecidos, le regalen cosas.

Lo último que le han regalado ha sido una flor “reciclada”. Me explico. Falleció un paciente y la familia, en agradecimiento por la

atención que había tenido con él, le regaló una rosa que, le explicaron, la habían cogido de la corona de flores del finado.

Ella cogió la rosa, la metió en un vaso con agua y la dejó en la consulta. Si se la hubiese llevado a su casa, su marido no la habría dejado entrar.

-oOo-

Mientras espero mi turno en la farmacia, Carmeli, paciente mía, estaba comprando unos óvulos vaginales. La manceba le mira las uñas, que las tenía pintadas de verde (el color de su hermandad), y comienza el siguiente diálogo:

- Carmeli, ¿las uñas las tienes llenas de verdina de rascarte el coño?

- Mira, cacho puta, desde que me tocó el Satisfyer (un juguete erótico) en la tómbola, no me toco *na* con los *deos*.

- Pues a ver si me lo prestas un día.

- Esas cosas no se prestan. Cómprate uno. Además, ahora tengo el coño infectado con la *bacteria cocolito* (tenía infección por cocabacilos en una citología).

En medio de las carcajadas de todos los presentes, le pregunto:

- Carmeli ¿un Satisfyer te ha tocado en una tómbola?

- ¡Digo! Este año en la feria, por un euro. Y funciona que da gusto. ¡Una maravilla! Cuando se me estropee este, me compro otro.

- ¿Y tu marido qué dice?

- ¿Mi *marío*...? Mi *marío* no dice *na*. Cómprale uno a tu mujer.

-oOo-

La idiosincrasia de una localidad, viene dada, entre otras cosas, por la idiosincrasia de sus personajes, esos vecinos que, por un motivo o por otro, destacan.

Cuando estoy maquetando este trabajo, ha muerto uno de estos personajes: El Pipo. Bohemio, soltero empedernido (Castrón, como se le llama en Gerena a los solterones), toda la vida detrás de una barra. Con problemas de pulmón y corazón bastante importantes, se asfixiaba hasta estando sentado. El invierno pasado lo echó por los



pelos, pero con este no ha podido. El 27 de diciembre los amigos le echaron de menos y se acercaron a su casa. Estaba muerto en el corral. Había sangre y tuvo que intervenir la policía judicial. Lo trasladaron a Sevilla para hacerle la autopsia.

Pasadas las Navidades, paro a desayunar en el bar donde él solía, y veo su silla vacía. Siempre la misma silla, siempre la misma mesa, siempre los mismos tertulianos. Me acerco y charlamos sobre él. El final de la conversación fue el siguiente:

- ¿Le guardáis la silla vacía en señal de luto?

- En efecto. Esa es su silla y la seguirá siendo.

- ¿Cuándo ha sido el entierro, que no me he enterado?

- ¡Qué va! Todavía no lo han traído de Sevilla. Sigue en los congeladores. ¡Pobrecillo, con lo friolero que era!

-oOo-

Doña María Sumariva ha llegado hace poco a Gerena. Excelente médica, atenta, empática, con cara de buena gente. Muy linda en todos los sentidos. Hoy me ha dicho un paciente:

- Me he apuntado con la médica nueva, con la doctora Sor María.

Se lo conté a ella y nos reímos un buen rato. Me dice que su apellido lo han confundido muchos, pero nunca tan beatíficamente.

-oOo-

Mercedes, nuestra auxiliar, me está organizando, sorteando algunas piedrecitas del camino y con mucho sigilo, una fiesta sorpresa.

Unos días antes del evento, entra en mi consulta Eva, una de nuestras administrativas, y me dice:

- Carlos, ¿tú quieres que vaya a tu fiesta?

- ¿Qué fiesta?

- La de despedida por tu jubilación. ¿Tú no sabes nada? Si se lo ha dicho Mercedes a todo el mundo. ¿No te ha llegado el WhatsApp?

- A ver si va a ser una fiesta sorpresa.

- ¡Oh! ¡A lo mejor...! ¡Ay, perdona, yo no te he dicho nada!

Al rato, Marisa, una médica, me dice: Voy a cambiar una reunión con unos amigos para ir el día 15 de marzo a tu fiesta de despedida.

- Gracias Marisa. Eva me dijo lo de la fiesta. Ahora ya sé el día.



# CONCLUSIÓN

Edito estas pamplinas para dejar un recuerdo agradable de lo que han sido 42 años de ejercicio profesional activo como enfermero, o practicante, que es como me dicen mis pacientes y como yo me presento también cuando tengo que participar en cualquier foro sanitario, congreso o reunión profesional.

Como sé que Mercedes, mi auxiliar (¡Qué bendición de persona y que profesional, por Dios!) me va a organizar algo, y me va a tocar hablar, a los 15 o 20 que nos juntemos, les hablaré de mi libro.

He tenido la costumbre de, en las comidas o fiestas de los compañeros que me han antecedido, escribir un romance haciendo una semblanza del tiempo que he compartido con ellos, pero ahora, en mi despedida...

Como no habrá quien me escriba,  
me consuela la ilusión  
de escribirme yo a mí mismo,  
con un poco de emoción.

Contaré en breves palabras  
todo lo que acaeció  
en el centro de salud,  
y lo que allí concurrió.  
Llegué en el ochenta y siete  
y nos casamos los dos.  
Al llegar, por aquí estaban,  
con don Antonio Quirós,  
don Antonio Castellanos  
y un ATS mamón,  
que me hizo la vida imposible,  
y que al final se marchó.

Aurora, Araceli, Amalia...  
Luego, por oposición,  
llegó don José Martínez,

y en traslado posterior,  
de El Garrobo, Juan Antonio,  
y de El Palmar, Salvador.

Enfermeros los tres mismos.  
De médicos... un montón:  
Don Ricardo e Ismael,  
Joaquín Torres, que ordenó  
la zona que estaba un poco  
*dejá* de la mano de Dios.  
Luis Benítez, doña Candi,  
doña Pilar... ¡Qué sé yo...!

De pediatra, Juan José.  
Luego otra, que pasó  
sin pena ni gloria alguna,  
marchando sin decir adiós.  
Isabel y Magdalena  
con su acento canarión,  
y ahora María José  
es quién ocupa el rincón.

De matronas, Encarnita  
fue la que más duró.  
Ella atendió a mi esposa,  
de mis dos hijas cuidó.  
Helen, Bea, María José  
y Mónica que volvió.

De tres pasamos a cuatro.  
Vaya una revolución.  
Mari Ángeles, Aurora,  
y Jesús Carlos en la dos,  
en cuanto pudo, a la cinco  
presto y raudo se coló.  
Mari Ángeles se fue  
y Marisa aterrizó.  
Doña Marina y Bermúdez,  
la última adquisición,  
pero duraron lo mismo  
que una pompa de jabón.  
María Sumariva y Casti  
les dieron un empujón  
porque tuvieron más puntos  
al hacer la oposición.

De la Algaba, ni te cuento  
lo que de allí nos llegó:  
Primero, la auxiliar, Mercedes,  
que no veas lo que lloró.  
Luego fue José Luis  
el que tomó posesión  
de la nueva cuarta plaza  
de enfermero en la región.  
Dios bendiga a esa mujer,  
que nuestras vidas cambió.  
Bueno, a uno más que a otros,  
por el tema del amor.

Sanabria, Joaquín y Pepe,  
el equipo celador.

Hoy Emilio, Javi, Paco  
y Ángel, pues David marchó.

Alonso con Juan Palotes,  
el equipo conductor.  
Más tarde Antonio, Rafael,  
Alfonso y apareció  
un tal Alejandro, y Ángel,  
de mis textos, corrector.  
Sebastián, los Caballero y  
José, al taxi, lo mejor.

Alicia, Agustín y Sacri,  
con Inma en el mostrador.  
Eli, Susi y las Amparos,  
mocho en mano y cogedor.

Me dejo detrás a muchos.  
Más que muchos, un montón  
que pasaron por Gerena  
ejerciendo su labor.  
Y hablo solo de Gerena  
para condensar mejor,  
porque la memoria es débil  
*pa* recordarlos a tos:  
Manolo Pérez, Antoñito,  
fueron a Diputación.  
Dani, Ana Belén, Coserria,  
Manolo, Paco, León  
y Paqui Jiménez Toro,  
que conmigo reaprendió.  
Acuña, Sofía, Gabriel,  
don Ignacio, el grandullón,  
Rafael y doña Nieves.  
Y mi Hayler, por favor.  
Juandi, María José,  
Gonzálo, que se estrenó  
con un éxitus letalis...

Y hablando de dirección,

Charo Ortiz, Higino, Rosa,  
Fernando de coordinador,  
José María, Pepe Nóa,  
Charo Sánchez, y a renglón,  
Cristina, Mariscal, Rosario,  
dieron paso, en transición,  
a Raquel y a don Augusto,  
y cuando este marchó,  
Rocío y Ana Lobato.  
Con Laura, la relajación.

Hemos tutelado alumnos,  
y es una satisfacción  
saber que van prosperando  
en tan dura profesión.  
María José o Esperanza,  
y, a pesar del sofocón,  
María Dolores Parrilla,  
que ahora trabaja con nos,  
son alguna de las niñas  
que hemos tenido el honor  
de formar en nuestro centro,  
y trabajan como Dios.

Marchó José y Juan Antonio,  
ambos a un tiempo los dos.  
Los sustituyen Gregorio  
y Auxi, que no aterrizó.  
Estuvo Rosa unos meses

y fue Isa quién quedó.

También hemos realizado  
trabajos de investigación,  
más de cuarenta trabajos,  
constan con publicación,  
que es importante dejar  
más de lo que uno encontró.

No me quise jubilar.  
Pedí la renovación  
y me dijeron que nones,  
que la ley dice que no.

Marcho contento, feliz.  
Me apeo en esta estación.  
Mi maleta va repleta  
de orgullo y satisfacción,  
del cariño de mis gentes,  
de aprecio y afectación.  
Y también un poco triste,  
al ver que, sin remisión,  
ha llegado por derecho  
mi día de jubilación.

*Carlos, el Practicante, 12/03/24*



## Otras obras publicadas del autor:

- **Vidas anónimas**

Poesía, primer premio del Concurso de Poesías y Relatos cortos de Gerena en 2010. Publicado en: *Recopilación de obras ganadoras de 2009-2015*. Editado por el Área de Juventud del Exmo. Ayto. de Gerena en 2015.

- **Sonetillo de la sentencia**

Poesía. Prólogo de la edición del libro con los finalistas del X Concurso de Poesías y Relatos cortos de Gerena. Publicado en *Poesías y relatos cortos de Gerena 2018*. Editado por el Área de Juventud del Exmo. Ayto. de Gerena en 2019.

- **El verdadero don Juan en la escena del sofá**

Función de teatro premiada en el XXI Certamen de teatro mínimo Rafael Guerrero, de Chiclana de la Frontera (Cádiz), de carácter internacional, en la convocatoria de 2019. Publicado en *XXI Teatro Mínimo*. Editado por Q-book en 2022.

- **Gloria bendita**

Función de teatro premiada en el XXIV Certamen de teatro mínimo Rafael Guerrero, de Chiclana de la Frontera (Cádiz), de carácter internacional, en la convocatoria de 2022. Pendiente de edición.

- **Casemos a Sangregorda**

Función de teatro, primer premio del II Certamen Literario LGTBIQA+ Don Benito diverso, de carácter internacional, en la convocatoria de 2023. Publicado en *II Certamen Literario LGTBIQA+ Don Benito Diverso*". Editado por Asociación "Torre Isunza" de Don Benito (Badajoz), en 2023.

- **Pasión, agonía y muerte de D. Juan Francisco José Antonio**

Función de teatro, en castellano, galardonada con el segundo accésit (tercer premio) de los Premios de Textos de Teatro Carro de Baco 2023, de carácter internacional. Publicado en *Dramaturgia 23*, de la colección de textos breves de teatro Carro de Baco. Editado por Carro de Baco, de Santa Coloma de Gramanet (Barcelona), en 2023.

- **Artículos científicos y de investigación**

A lo largo de los 42 años como enfermero en activo, tiene publicados, en revistas de enfermería nacionales e internacionales, 41 artículos científicos y de investigación, contando con 4 trabajos premiados en certámenes y en congresos.

